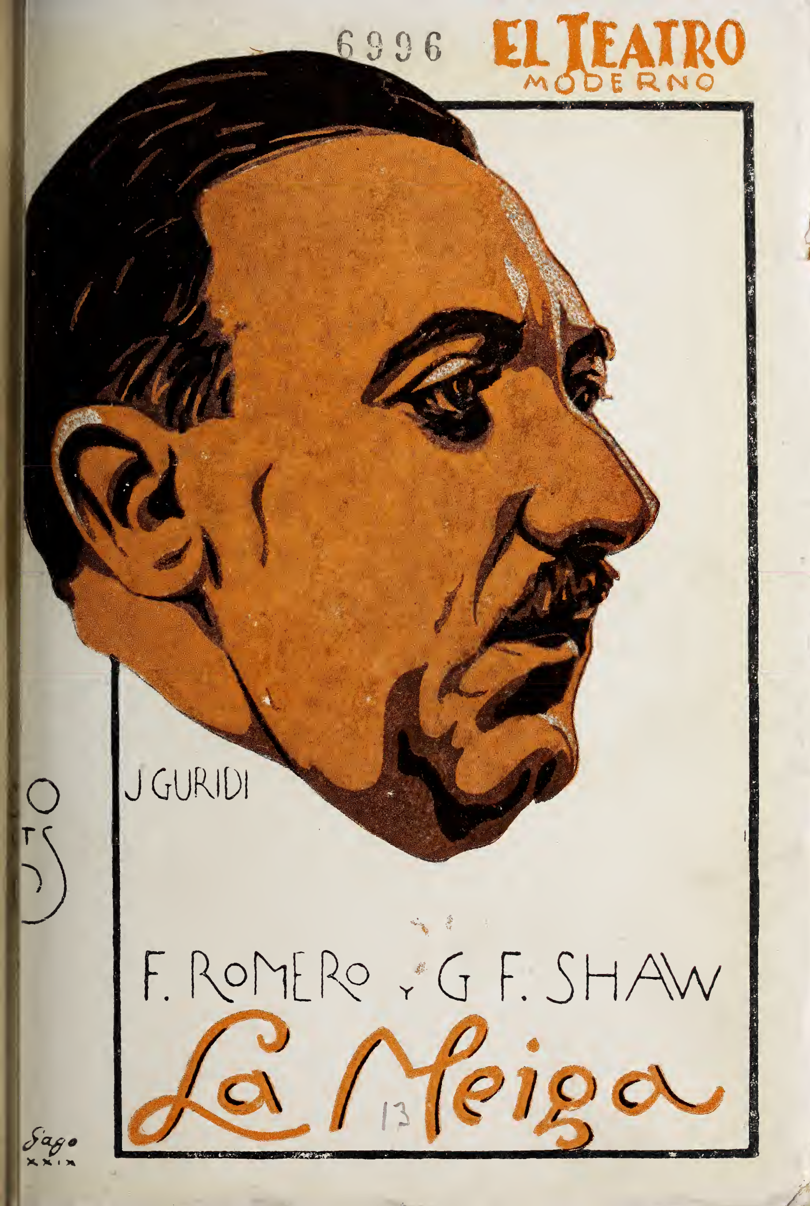

6996
EL TEATRO
MODERNO
J GURIDI
F. ROMERO Y G. F. SHAW
La Meiga
13
Sago
XXIX



F. Romero
y G. Fernández Shaw

LA MEIGA

ZARZUELA EN TRES ACTOS, DIVIDIDOS EN SEIS CUADROS, EN VERSO

Música de JESUS GURIDI

Estrenada en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, el 20 de diciembre de 1928

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO V 9-II-1929 NÚM. 181

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Sabela...	*Srta. Badia.*
Rosiña...	*Dorini de Diso.*
Rula...	*Sra. Pereira.*
Eulalia...	*Srta. Hidalgo.*
Manoela...	*Ruiz.*
Margarida...	*Yuste.*
Santiña...	*Lucila.*
Flavia...	*Sra. Chalons.*
Vieja 1.ª...	*Beltri.*
Vieja 2.ª...	*Villasol.*
Ramón...	*Sr. Baldrich.*
Don García...	*Almodóvar.*
Cirolas...	*De León.*
Rosalío...	*Gómez Bur.*
El ciego de Lestrove...	*Arenas.*
Salgueiro...	*Carrascò.*
Albariño...	*García Morales.*
Farruco...	*Viñegla.*
Amaro...	*Carrere.*
Guirgorio...	*Pineda.*
Clodio...	*Gaitán.*
El lazarillo...	*Srta. Méndez.*
Mozo 1.º...	*Sr. Bayón.*
Un aldeano...	*Abella.*
Ribeirano 1.º...	*Cobos.*
Ribeirano 2.º...	*Lemus.*

Pareja de baile: *María Yuste* y *José Novas.*

Mozas, mozos, vendedoras y vendedores, mendigos, penitentes y arrieros.

La acción en el valle del Ulla.—Año 187...

A DON RAMON DEL VALLE INCLAN
príncipe de las letras españolas, con fervorosa admiración.

ACTO PRIMERO

Paisaje en las inmediaciones de la aldea de San Bieito de Castrelo, supuesta en la ribera del Ulla. Al fondo se levantan un alto monte, a la derecha, y una pequeña colina, a la izquierda, coronada por un castro celta. A la derecha del foro, la casa de Ramón, vista por su espalda, constituída por una "solaina", sobre pilares de granito que forman tres soportales, y, en el del centro, hay, al fondo, una puerta practicable. Continuando la línea de la edificación hacia la izquierda, un cercado de piedra de breve altura, detrás del cual se ve el "palleiro" de la casa y un hórreo de seis pies, rematado por una cruz en el vértice del tejadillo. En el último término de la izquierda, desemboca un camino cubierto por un emparrado, tejido sobre postes graníticos. En segundo término del mismo lateral, aparece la casa de Sabela, humilde edificación, con pequeña puerta practicable. En primer término, el paso a la "eira" de la casa. Todo el lateral derecho está ocupado por una "carballeira" o robledal, que desciende sobre la pequeña planicie que forma la escena. En primer término está cortado el bosque por una "corredoira" que penetra hacia la derecha. En segundo término, apoyada en el ribazo de la "carballeira", una fuente con abrevadero y dos caños de hierro. Adosados al saliente del camino emparrado de la izquierda, hay dos trozos de piedra, a manera de bancos. Es un día claro de primavera y el cielo es azul pálido, con algunos cirros flotantes.

MÚSICA

(Aparece Sabela sola en escena, llenando un pote (puchero con patas). Cruza luego la es-

cena y entra en su casa. Por la derecha sale un Mozo con una vaca o una cabra atada. Se cruza con dos viejas que salen por la izquierda, con sus correspondientes cargas en la cabeza. Una lleva una cesta de huevos, la otra una sella o ferrada. Detrás, una chiquilla de unos doce años, con una manzana sobre la cabeza.)

RECITADO

MOZ. 1.º Vamos, gaivota do mar.
VIE. 1.ª ¿No vendiste?
MOZ. 1.º ¿Quién la vende?
VIE. 2.ª ¿Vale la feria?
MOZ. 1.º No vale.
¡Gaivota!
(A la cabra o vaca, tirando de ella hacia la izquierda.)
VIE. 1.ª ¡Dios te la aumente!
MOZ. 1.º Para agosto.
VIE. 2.ª Adiós, mociño.
MOZ. 1.º Adiós... ¡Gaivota!
(Mutis.)
VIE. 1.ª *(A la chica.)*
¿Y no bebes?
Es la Fuente de las Animas.
VIE. 2.ª Ya beberá, si Dios quiere.
Pra ponerse churrusqueira,
tiempo corre hasta los veinte.
(Se van las tres por la derecha y, por la izquierda, suena el canto de un coro de mozas.)

CANTADO

CORO. *(Dentro.)*
"Cantador que estás cantando
a te tés por moi cantista:
dime cántas cruces fai
o sacerdote n-a misa."
CORO. *(De hombres, por la derecha.)*
"O sacerdote n-a misa

primeira e segunda ves:
o sacerdote n-a misa
cruces faiche trinta e tres."
(Salen unas cuantas mozas por la izquierda, durante la estrofa anterior y, al terminar ésta, viene por la derecha un grupo de mozos que cantan, al verlas, lo que sigue:)

MOZOS. A la feria del Mosteiro
¿qué vas, Adega, a buscar?

MOZAS. A la feria del Mosteiro
voy un mozo a enamorar.

MOZOS. En la feria del Mosteiro
ya no hay mozos que casar.

MOZAS. Si no hay mozos en la feria,
¿dónde teño d'encontrar?

ROSA. *(Dentro, por la izquierda, lanza un "aturuxo", mitad relincho y mitad grito humano.)*
¡U-ju-jú!...

MOZOS. ¿No los veis?
¡Aquí están!

TODOS. ¡Rosalío y la Ruliña
que ya vuelven a su lar!
(Salen por la izquierda los nombrados, que son dos jóvenes prometidos, vestidos con sus mejores galas.)

CORO. ¿De dónde vienes?

Los DOS. De Compostela.

CORO. ¿Viste al Apóstol?

Los DOS. ¡Y lo abracé!

CORO. Y allí ¿qué hiciste?

Los DOS. *(El uno al otro.)*
¡No se lo digas!

CORO. Si no lo cuentas
no lo sabré.

RULA. Como al fin ya nos botaron
las tres amonestaciones...

ROSA. Hemos ido a Compostela
a comprar ajuar y dote...

Los DOS. ¡Ay la,
lalalá, lalalá,
lalalá, lalalá,

lalalá, lalalá...!

CORO. ¡Ay la,
lalalá, lalalá,
lalalá, lalalá,
lalalá, lalalá...!

RULA. Y en las tiendas me decían
si éramos ya matrimonio.

ROSA. Y ésta se ponía blanca
y yo me ponía rojo.

RULA. Porque no tengo costumbre
de que me pregunten eso.

ROSA. Ya te irás acostumbrando
a lo malo y a lo bueno.

CORO. Dice buena cosa,
dice gran verdad.
Pouquichiño a pouco
te acostumbrarás.

RULA. ¡Tanto marearme,
tanto preguntar!

CORO. Pouquichiño a pouco
te acostumbrarás.

Los DOS. ¡A-ia-iai!
¡Qué cousiñas,
miña nai!

ROSA. Compostela, Compostela,
corazón del señorío...

RULA. No te olvido, Compostela;
Compostela, no te olvido.

Los DOS. ¡Ay la,
lalalá, lalalá,
lalalá, lalalá,
lalalá, lalalá!

CORO. ¡Ay la,
lalalá, lalalá,
lalalá, lalalá,
lalalá, lalalá!

ROSA. Cuando tengas un meniño
los tres juntos volveremos.

RULA. ¡Calla, Rosalío, calla
y no seas fantasmeiro!

ROSA. Tú dirás si nos casamos

pra cantar con las ferreñas.
RULA. Para lo que nos casemos
no le importa a gente ajena.
CORO. Dice buena cosa,
dice gran verdad.
Ella a ti soliño
te lo contará.
ROSA. Es que ya me mata
la curiosidad.
CORO. Pouquichiño a pouco
tú te enterarás.
Los DOS. ¡A-ia-iai!
¡Qué cousiñas,
miña nai!
¡A-ia-iai!

HABLADO

SANTI. Y ¿cuándo la boda, Rula?
RULA. La víspera de la fiesta.
FARRU. ¿Muchos regalos tuviste?
ROSA. ¡Muchos! ¡Y más que se esperan!
Mi madre, toda la ropa.
RULA. Mi hermano, la vaca nueva...
ROSA. Domingo, un cocho... y perdón.
RULA. Juan, un cazo y una sella.
ROSA. El alcalde, dos ferrados
de millo pra sementeira.
RULA. Y el abade una medalla.
ROSA. ¡Ajá! Pra dolor de muelas.
FARRU. ¿Y tu padre?
ROSA. Ese mandoume
una carta desde América
con máximas y consejos
de lo que he de hacer con ésta.
RULA. Y ¿qué has de hacer, Rosalío?
ROSA. Según te portes, mi reina.
RAM. *(Saliendo de su casa.)*
¿Ya vinisteis?
RULA. ¡Aquí estamos,
Ramonciño!

(Le abraza.)

ROSA. Y luego llega
el carriño con las cosas
que vienen de Compostela.

RAM. ¿También la cama?

ROSA. La cama
es el presente que piensa
regalarme don García,
nuestro señor... y así sea.

RAM. Díjete que la compraras.

RULA. Y yo también. ¿No te acuerdas?

ROSA. Y ¿hemos de hacerle ese feo
al señor, con la influencia
que en el señor y en el pazo
tiene Rosiña?
(Risas.)

SABEL. *(Que sale a tiempo de oír.)*
¡La lengua
te piquen los escorpiones!

ROSA. Madre...

SABEL. ¡Cóbrega!

SANTI. Sabela,
no le riñas... ¿No se sabe
que su hermana está tan cerca
del señor como la rosa
de la espiña en la roseira?

SABEL. Sirve en el pazo Rosiña...

FLAVIA. Sirve...

SANTI. E verdá.

SABEL. ¡De doncella!

FARRU. De doncella fuése al pazo.

AMARO. ¡Tantas fueron!...

SANTI. Cómo vuelva
ya nos lo dirás, amiga

FLAVIA. Eulalia subió como ella.

SANTI. Y fué el ama.

FLAVIA. De las llaves.

SANTI. ¡Pero Eulalia está ya vieja!

SABEL. ¡Lenguas de lobo!

RAM. ¿Sabéis
lo que decís?

FARRU. Cosa cierta
no te será; pero dicen...
AMARO. Lo dicen, Ramón...
RAM. ¡Sin pruebas!
RULA. Callar...
MAR. Adiós...
FARRU. ¿Ya te vas?
RAM. Me está llamando la tierra.
(Mutis a su casa.)
RULA. ¡Ramonciño!...
SABEL. ¡Malpocado!
El también siente mi pena.
Aunque sepas la verdad,
fíate de la apariencia.
La apariencia es lo que vale,
aunque es la verdad tan buena.
(Sale Cirolas por la izquierda. Es el marido de Sabela, muchos años ausente. Viene de la Habana, con cierto aire americano, vistiendo un traje blanco sucio, como el que tiene poca ropa.)
CIRO. ¡Sabela! ¿Eres tú, Sabela?
SABEL. ¡Ti! ¡Virgen de los Milagros!
¡Vete, pantasma!
RULA. ¿Quién es?
CIRO. ¡Soy Camilo!
SABEL. ¡Vete, diaño!
CIRO. Chica, chica...
SABEL. Es mi marido.
ROSA. ¡Mi padre!
CIRO. ¡Hijo bien amado!
(Se abrazan.)
FLAVIA. ¿Es Cirolas?
CIRO. ¡Poco a poco!
Cirolas era aquel payo
que hace veinte años cumplidos
se marchó. Agora me llamo
don Camilo.
SABEL. ¡Camiliño!
¿Es que vuelves millonario?
FARRU. ¡Viva don Camilo!

TODOS. ¡Viva!
CIRO. Muchas gracias... ¡populacho!
ROSA. Ruliña: abraza a tu sogro.
CIRO. ¿Tu mujer?
(Abrazándola.)
RULA. Seré.
CIRO. ¡Qué guapos
tendré los nietos, rapaza!
¡Con dos padres tan gallardos!
SABEL. Camiliño, ¿cómo vienes?
CIRO. ¡Cómo venir! En un barco.
SABEL. ¿Y diñeiro?
CIRO. Chica, chica...
Paisana, pasito a paso.
SABEL. ¡Ay, can, que te vuelves pobre!
CIRO. Pobre, Sabeliña.
SABEL. ¡Y vago!
Como te fuiste... ¡Cirolas!
ROSA. ¡Don Camilo!
SABEL. ¿Y sin un cuarto?
FLAVIA. Adiós, Cirolas.
(Iniciando el mutis con otras mozas.)
FARRU. Cirolas,
bien venido.
(Lo mismo.)
AMARO. Adiós... Nos vamos.
SANTI. Hasta la vista, Cirolas.
(Idem.)
CIRO. Adiós, gallegos. ¡Caranio!
(Terminan de marcharse por derecha e izquierda hombres y mujeres del pueblo.)
SABEL. ¿No preguntas por Rosiña?
CIRO. ¡Paisana!... Si no he pensado
en otra cosa en el viaje.
¿Y Rosiña?
ROSA. Allá en el pazo.
¿Voy a llamarla?
SABEL. *(Asintiendo.)*
¡Así logo!
ROSA. ¡Allá voy!
(Vase corriendo por la izquierda.)

CIRO. ¡Chica, qué pato!
¡No preguntar por mi hija
de mi alma! Y es que, claro,
como no la conocí...
SABEL. E verdá.
RULA. ¿Nació, ya estando
camino de las Américas?
CIRO. ¿Qué camino? ¡A los dos años!
Qué cosas, ¿eh?
RULA. Pra que logo
no te creas de milagros.
CIRO. ¿Y Rosiña? Ya pregunto.
SABEL. Sirve a don García.
CIRO. ¡Cuánto
me alegro! Somos amigos;
aunque él, señor, y yo, un bárbaro—
agora no, que ilustréme—,
somos amigos.
SABEL. ¿Y cuándo
te vuelves pra Cuba?
CIRO. ¿Dices
que me vuelva?
SABEL. Sí, cristiano,
que aquí sólo te haces sombra
y el sol de Galicia es pálido.
No hacen falta quitasoles,
y el caldiño va muy caro.
CIRO. Chica, chica... ¡Esto es lo grande!
Cuando yo vengo buscando
el rincón de la terriña
donde morir...
RULA. ¡Malpocado!
SABEL. ¡Ah! ¡Si vienes a morirte!...
CIRO. Ya no duro. Estoy muy malo.
SABEL. Y ¿qué tienes?
CIRO. ¿Que qué tengo?
¿No dígote que ni un cuarto?
¡Pero traigo una experiencia!...
RULA. ¿Más que Sabela?
CIRO. Me gano
la vida dando consejos.

No te ocupes...
SABEL. ¡Condenado!
CIRO. Y tú, ¿qué haces?
SABEL. *(Irónica.)*
Embrujar
y desembrujar, a ratos.
CIRO. ¡Bota, meiga!
SABEL. ¡Agora sí
que me ha entrado a mí el meigallo!
RULA. Es sabia. Cura los males,
sabe de todo... Los años
han de convertirla en meiga.
SABEL. ¡Ya dicen que soy!
CIRO. ¡Caranio!
SABEL. ¿No es arte de meiguería
tener dos hijos, criarlos
y ahorrar algunos cuartiños,
mientras tú, can de Torrado,
lo que con las manos haces
lo deshaces con el rabo?
CIRO. ¿Y ahorraste algunos cuartiños?
Siempre lo dije... Partamos
el camino... Cuando vuelva,
partiremos el compango.
SABEL. Entra, Camilo Cirolas...
Entra a casa, monifato.
Come, come... ¡Can doente!
CIRO. No me empujes.
SABEL. *(Empujándole más.)*
¡Vuela, diaño!
CIRO. Ya lo dije yo en la Habana.
¡Cuando llegue soy el amo!
(Entran los dos en la casa.)
RULA. Si me sale Rosalío
también Cirolas... ¡lo mato!
RAM. *(Apareciendo detrás de la cerca del fondo.)*
Rula, Ruliña, mi hermana,
¿quieres venir a mi lado?
RULA. Ramonciño... ¿de qué sufres?
RAM. De pensar.
RULA. ¿Qué estás pensando?

RAM. Que te casas y me dejas
en el casal solitario,
sin la sombra de tu cuerpo
y el abrigo de tus brazos.
Ven a ayudarme, Ruliña;
trabajaremos cantando,
pra que piensen los que pasan
que éste es un nido de pájaros.

RULA. Ramonciño, hermano bueno,
los que pasan te mataron.
Los que van por los caminos
marmurando, marmurando.

RAM. Tengo una espina en el pecho
que es aguda como un dardo;
tengo un amor en el alma
que no puedo desclavarlo.

RULA. Rosa te quiere. Rosiña
es un angeliño blanco.
De lo que conten los vientos
tú no tienes que hacer caso.

RAM. Dicen y dicen, hermana...

RULA. Deja que digan, hermano.

RAM. Que el señor de nuestra tierra
la llevó para su pazo,
que es una más en su historia
de amores, de amores malos.

RULA. Como Rosiña te quiera,
puedes dormir descuidado.
Voy a ayudarte, encantiño;
a compartir tu trabajo
y a desclavarte esa espina
que en tu pecho se ha clavado.
(Entra por la solaina en la casa de Ramón. Suena por la izquierda la zanfona del Ciego de Lestrove, que, a poco, aparece con su lazarillo, que es una muchachita adolescente. Se pára el ciego, apenas ha salido, y canta su romance. Ramón, con quien se había reunido Rula, al oír el canto, vuélvese de cara al Ciego y escucha emocionado. Rula, con solicitud, intenta desvanecer sus pensamientos.)

MÚSICA

CIEGO. Era en la aldea una hermosa mociña
y era en el pazo un altivo señor;
ella, tan blanca como un estreliña,
y él, arrogante como un resplandor.
Llamábase Hortensia
porque era una flor,
la flor codiciada
de don Galaor.
Picóse de amores
por un alto amor,
y, andando los días,
perdió la color.
(Coincide el final de la estrofa con la salida por la derecha de un pequeño grupo de rapazas, todas con sus cestas, vasijas o haces en la cabeza.)

RECITADO SOBRE LA MÚSICA

RAM. ¡También el ciego, Ruliña!
RULA. ¡También el ciego, Ramón!
CIEGO. ¡Hermanos, una limosna!
Una limosna, por Dios.
MARG. ¿Sabes quién soy?
CIEGO. Margarida,
que tienes nombre de flor.
MARG. Toma un carto.
CIEGO. ¡Dios che o pague!
MANOE. Y más otro. Y yo, ¿quién soy?
CIEGO. Manoeliña: una laberca
que canta al salir el sol.
Y Ramonciño, el primeiro.
¡Ramonciño! Compasión.
¿No me das un pataquiño?
RAM. Si te quedaras sin voz...
Toma, ciego...
(Tirándole una moneda.)
CIEGO. ¡Dios che o pague,
que, aunque tienes mal humor,

si es de lobo tu palabra,
tu moneda es de buen son!

CANTADO

¡Pobre rapaza, la flor de la aldea!
¡Quién te mandara tan alto volar!
Don Galaor, cuando el día clarea,
sabe la noche pasada olvidar.
¡Ay, triste mociña,
qué grande pesar!
Por eso la han visto
llorar y llorar.
¡No puedes tú sola
dar fuego en un lar,
que tienes más puertas
que arenas el mar!

(Mientras el Ciego, tocando la zanfona y del brazo de su lazarillo, se va por la derecha, las rapazas comentan en voz baja y Ramón y Rula desaparecen por el fondo de su "eira".)

RAPA. Se diría que el romance
por Rosiña lo cantó.
Es la historia de Rosiña...
¡De Rosiña y el señor!

HABLADO

(Salen por la izquierda don García, Salgueiro y Albariño. El primero es el señor de toda la aldea. Porte de gran caballero, de unos sesenta años, con luenga barba blanca, rostro lustroso y saludable, ojos vivos y alegres. Salgueiro es un mayordomo; viste de oscuro, dando impresión de un cura de paisano; cuenta unos cincuenta años. Albariño es un jovenzuelo imberbe, paje y escopetero del señor. Lleva al hombro dos escopetas y al costado un vistoso zurrón.)

GARC. ¡Gran mañana de verano!
Mira, mira, mayordomo.

Palomas como la nieve,
tórtolas de vuelo corto,
rosas finas y olorosas...
¡Dios es grande!...

SALG. ¡Grande en todo!

MARG. Buenos días...

MANOE. Buenos días...

GARC. Buenos de veras y hermosos.
Margarida deleitosa,
flor que nace junto al tojo.
Quien te puso Margarida
era un sabio del demonio.
(Margarida se santigua.)
Margarida, por lo bella,
por lo fina, por el oro
de tus trenzas abundantes,
por el blanco de tu rostro.
Margarida, por lo humilde
de tu vida, por el tono
tan leve de tu ademán,
sencillo, honesto y modoso.
Margarida, Margarida,
flor de campo, luz de otoño...
¡Qué dicha la que prometes!
¡Quién fuera villano y mozo!

MARG. *(Acogiéndose a su amiga.)*
¡Manoela!

MANOE. ¡Qué faladeiro!

MARG. Faladeiro y cariñoso.

GARC. Pues tú, Manoela, ¿no debes
también escuchar elogios?

MANOE. ¿Qué me dirá mi señor?

GARC. Algo que es verdad de a folio.
Que eres toda azul. No importa.
que frunzas tus labios rojos,
ni que arquees asombrada
tus cejas—cintitas de oro—,
ni que, pálidas, blanqueen
tus mejillas, bajo el toldo
movible de tus pestañas...
que sombrean de heliotropo

las ojeras que pintaron
tus sueños y tus insomnios.
Eres azul como el mar
y como el cielo del trópico.
Eres azul, siempre azul,
toda azul... ¿No sabes cómo?
¡La mujer es, toda y siempre,
del color que son sus ojos!

MANOE. Yo no entiendo de latines.
ALBA. ¡Qué bestia!
GARC. ¡Bien!
SALG. ¡Bien, Bartolo!
MANOE. ¿Nos iremos?
MARG. Nos iremos.
GARC. Adiós, hermosas; que pronto
sepamos de vuestra boda...
y que sea lindo el novio.
MANOE. Buenos días.
MARG. Buenos días.
TODAS. ¡Adiós!
SALG. ¡Adiós!
GARC. ¡Lo que somos!
¡Ayer, fuego de lareira...
hoy, ceniza de rescoldo!
(Reaccionando.)
Pero ¿no vino el bigardo
de Cirolas, el esposo
de esta santa de Sabela?
ALBA. Meiga, señor.
SALG. Calla, bobo.
Santa y muy santa. Lo dice
el señor.
ALBA. Punto redondo.
GARC. ¡Cirolas!
(Llamando.)
SALG. ¡Cirolas! ¿Sales?
CIRO. *(En la puerta.)*
Camilo me llamo.
GARC. ¡Ay, tonto!
¿No me conoces?
CIRO. *(Reconociéndole.)*

¡Caranio!
¿Es posible que aquel mozo
tan firme, aquel caballero
sea vostede...? ¡Ay, San Clodio!
¿Qué ha sido de aquella barba
negra como el mismo moro
y aquella color de rosa
y aquel mirar de raposo?

GARC. Y tú, ¿qué hiciste, Cirolas,
de tu planta de rey godo?

CIRO. Nunca fuí dogo, señor;
más bien galgo.

GARC. Y vienes otro...
Tus modales, tus palabras,
tu andar reposado y sólido...
¡Don Camilo!...

CIRO. *(Dándole la mano, complacido.)*
Eso es tener
educación, mente y ojo.
¡Don Camilo! ¡Qué bien suena,
caranio!

GARC. Ven con nosotros
a la feria, que me cuentes
tus viajes, ¡oh, Marco Polo!,
tus aventuras, ¡oh, Borgia!,
tus conquistas... ¡oh, bolonio!

CIRO. Vamos, don García, vamos...
¿Qué don García? ¡Es el Morro,
y Matanzas, y Cienfuegos,
y Cáncer, y Capricornio!

GARC. ¡Vaya con Cirolas!

CIRO. ¿Quién?

GARC. ¡Don Camilo!

CIRO. ¡Así!

GARC. *(A Salgueiro y Albariño.)*
Vosotros
ya lo sabéis. ¡Don Camilo!
¡Don Camilo Camilongo!
(Mutis los dos por la derecha.)

SALG. ¿Qué te parece, Albariño?

ALBA. Un alma del Purgatorio.

SALG. ¿Y por qué?
ALBA. Porque en el cielo
no los admiten tan tontos.
(Mutis de estos otros dos por la derecha.)
SABEL. *(Saliendo de la casa.)*
¿Y vase con don García?
¡Si se lo llevara al rollo!
(Salen por la izquierda ocho mozas con ferradas en la cabeza, dirigiéndose a la fuente.)

MÚSICA

MOZAS Buenos días, Sabela.
SABEL. Buenos días, rapazas.
Muy temprano vinisteis
a llenar las ferradas.
MOZAS No es temprano, Sabela,
que ya es media mañana.
SABEL. Otros días vinisteis
a las doce sonadas.
MOZAS Si nos guardas el secreto
te diremos el motivo.
SABEL. Soy, mociñas, guardadora
de secretos escondidos.
MOZAS La mi madre está en la feria
y el mi padre está durmiendo,
y venimos mientras tanto
pra pedirte un buen consejo.
SABEL. No hay nadie que nos oiga;
ya podéis hablar.
MOZAS Del mal que padecemos
tú nos sanarás.

Hay un mozo que me mira
con mirada agarimosa.
SABEL. Natural es que te mire
cuando tú eres tan hermosa.
MOZAS Su mirar teño leído,
y es que quiéreme pra esposa.

SABEL. Pide al cielo, rapaciña,
que no piense en otra cosa.

MOZAS. Pero el pícaro galán
no me acaba de decir
lo que yo con tanto afán
de sus labios quiero oír.

SABEL. Y, ¿qué queréis de mí?

MOZAS Que si hay un bebedizo
que pueda concluir con este hechizo.

SABEL. Rapaciña solteiriña,
no te canses de esperar,
porque el nombre de tu amante
en el cielo escrito está;
si no llega pra San Pedro,
ya vendrá para San Juan,
y si no, pra Santa Tecla,
y si no, pra San Cidrán.
"Has de cantar—a veira d'o río
o son d'as oliñas—do campo frorido;
has de cantar—a veira do mar
o son das oliñas—que soben e van."

MOZAS ¿Qué quieres tú decir?

SABEL. Que cuando estés amando
las penas del amor se van cantando.

MOZAS Si el cantar es medicina,
mi dolencia tendrá cura.

SABEL. Canta, nena, que el que canta
dulce vuelve la amargura.

MOZAS Mientras viva sin amores
cantaré con sentimiento.

SABEL. Ya se volverá alegría
si el mociño escucha atento.

MOZAs Pero el pícaro galán
no me acaba de decir
lo que yo con tanto afán
de sus labios quiero oír:

S. y M. "Has de cantar—a veira d'o río
o son d'as oliñas—do campo frorido;
has de cantar—a veira d'o mar
o son das oliñas—que soben e van."

(Hacen mutis las mozas por el segundo término izquierda.)

HABLADO

SABEL. *(Que se ha quedado junto a la fuente, a Ramón, que asoma por detrás de la cerca de sus campos.)*
¿Viste, Ramón, las mociñas?
RAM. Vi, Sabela.
SABEL. ¿Y no te casas?
RAM. Casárame si tuviera
con quien enhebrar el habla.
SABEL. ¡Ramonciño, Ramonciño!...
RAM. Adiós, Sabela...
(Salen por la izquierda Rosalío y Rosiña, su hermana, que es una jovencita ingenua, flor candorosa.)
ROSI. *(A Ramón.)*
¿Te marchas?
RAM. Sí.
(Mutis por detrás de la casa.)
ROSA. ¡Marchóse!... ¿Y don Camilo,
mi padre?
SABEL. En la feria anda.
Vaite también a la feria,
Rosalío.
ROSA. ¿Y con la hermana?
SABEL. No, la hermana necesita
mi corazón... ¡Vaite y calla!
(Mutis de Rosalío por la derecha.)
(Rosiña, que quedó ante la respuesta seca de Ramón lo mismo que petrificada, avanza ahora hacia Sabela, que la espera con los brazos abiertos.)
ROSI. Madre, mi madre, cariño,
consuelo y luz de mi ánima;
¿puedes decirme, naiciña,
qué me pasa?
¿Por qué los mozos me ven
como a una sucia alimaña,

y me vuelven la cabeza
y me niegan la palabra?
¿Por qué, al pasar a mi lado,
me sonríen las rapazas?
¿Por qué el mozo que tenía
tantas promesas calladas,
cierra los ojos al verme
y huye de mí y no me habla?
¿Tengo en el cuerpo los diablos?
¿Estoy loca o hechizada?
¿Por qué todos me comentan?
¿Por qué todas me señalan?
¿Puedes decirme, naiciña,
qué me pasa?

SABEL. ¿Sufres, Rosiña, de amores?

ROSI. Y tú, ¿no sabes la causa?

SABEL. Ramonciño...

ROSI. Desde el día
que marché...

SABEL. Mató la llama.

ROSI. Mató la suya. En mi pecho
la mía crece y me abrasa.

SABEL. ¿No te juró?

ROSI. Juramentos
no había ni hicieron falta.
Supe yo que me quería
por la luz de su mirada,
y él conoció mi cariño
porque, al mirarme, temblaba;
que el sol y el clavel se quieren
y sus amores no cantan;
pero, cuando el sol le alumbra,
huele el clavel a fragancia.

SABEL. Ven, Rosiña.
(Llevándola suavemente hacia la casa.)

ROSI. ¿Adónde voy?

SABEL. Al amor de nuestra casa.
Ven, mi niña. En la lareira
arde una verde retama.
En el cuarto está la cuna
donde dormiste arrullada

por el cantar de tu madre.
Hay buen sol en la solaina.
Los pájaros volanderos
vienen, plegando sus alas,
desde el cielo del Señor
a comer en mi ventana.
Ven, Rosiña... Como entonces,
cuando no había en tu alma
ni amores estremecidos,
ni sombras de nubes malas.
Ven, miniña, a mi regazo,
que tu madre es meiga y sabia...
(Entran en la casa. Un poco antes salió Ramón de la suya, y avanzó poco a poco hacia el grupo, sin atreverse a abordar su conflicto.)

MÚSICA

RAM. Yo te vi pasar,
y en tus ojos vi
un deseo de llorar.
¡Ay, Señor, por qué
al pasar
no la hablé!
¡Si en tu corazón
esta misma sed
a la par
sientes,
Rosa, Rosiña, no cantes
aquel cantar:
"—¿Por qué choras, miña prenda?
—¡Pois non teño de chorare!
Pasóu por min o meu mozo
e non me quiso falare."
Si ella me quiere
como yo sueño;
si yo la adoro,
Señor, ¿por qué
tojos y zarzas,
en mi camino,

cierran el paso
de mi querer?
Si ella en los ojos no tiene malicia,
si es de ángel bueno el sonar de su voz,
¿por qué se dice
lo que se dice,
por qué no hablamos de amores los dos?

Yo te vi pasar,
y otra vez sentí
un deseo de olvidar.
Pero, ¡cómo haré,
si olvidar
yo no sé!
Si en mi corazón
el amor de ayer
sin cesar
grita,
quiero, Rosiña, que cantes
aquel cantar...
"A rais do toxo verde
e moi mala de quitar.
Os amoriños primeiros
non se poden olvidar."
¡Ay!

HABLADO

SABEL. *(Que sale de su casa.)*
¿Qué te pasa, Ramonciño?
RAM. Déjame, Sabela, quieto.
Yo no sé lo que me pasa;
pero sí sé que me muero.
SABEL. ¿No sabes que de mi niño
moríaste, y que vinieron
tu naiciña y más tu padre
llorando con desconsuelo?
¿No sabes, rapaz, que entonces

hice una cruz en tu cuerpo
—que aunque la meiga me llamen,
soy cristiana—, y un remedio
de mucha virtud bebiste...
y sanaste?

RAM. Sí, me acuerdo.
¡Y a mi madre tantas veces
curaste!...

SABEL. Pues ven...

RAM. No puedo,
Sabela.

SABEL. ¿No puedes, dices?
No quieres, Ramón.

RAM. Sí quiero.

SABEL. ¿Crees en mí?

RAM. Como en la Virgen,
y que me perdone el cielo.

SABEL. Pues si crees en mí, mociño,
cuéntame cuál es tu duelo.

RAM. Eres tan buena y tan sabia
y tan madre, que no debo
contar lo que ya supiste
por mis ojos hace tiempo.

SABEL. Rosiña y tú...

RAM. Nos queríamos.

SABEL. Tanto, tanto, que un silencio
valía más en vosotros
que en los demás un invierno
de sabrosas palabriñas,
de quejas y juramentos;
ella en su cama de moza
y él sentado junto al lecho.

RAM. Nos queríamos, Sabela,
de verdad...

SABEL. Y por lo mesmo
que era verdad, no hizo falta
decir: ¿Vamos a querernos?
Pero un buen día...

RAM. Un mal día,
Sabela. No digas eso.

SABEL. Rosiña marchóse al pazo

a servir...
RAM. ¡Ay, pensamientos!
¿A servir?
SABEL. A nada más
que a servir. Tenlo por cierto.
¿Crees en mí?
RAM. ¡Como en mi madre!
SABEL. Pues piensa en este momento
que tu madre baja agora
por una nube del cielo
pra decirte: "Ramonciño,
no hagas caso del veneno
que te dieron a beber
cuatro canes de palleiro,
que te ladran y te ladran
porque creen que tienes miedo.
Rosiña muere por ti.
Ramón, tú estás medio muerto
por Rosiña... ¿Es ley de Dios?
Tenéis los dos que quereros,
porque las marmuraciones
son cantares pra los vientos,
pero el cariño es la vida
pra las almas de los buenos."
RAM. Rosiña es buena, ¿verdade?
SABEL. Pero, ¿no había de serlo?
RAM. Don García...
SABEL. ¿Es que tú quieres
que yo te cuente un secreto?
Don García fué en sus años
arrogante caballero,
que de amores infinitos
sembró el haz de sus recuerdos.
Don García fué el amante
más pulido y faladeiro,
el más noble y el más alto
de este valle de Castrelo;
pero agora, Ramonciño,
¿le temes a lobo viejo?
Don García es nuestro amo,
nuestro padre, todo nuestro.

Rosiña, en su pazo, es
como un rayo de sol nuevo.
No te engano, Ramonciño:
quiérela sin sentimiento.
(Pausa.)
¿Quiéresla al fin?

RAM. ¡Como siempre!

SABEL. ¿Crees en ella?

RAM. ¡Sí que creo!

SABEL. ¿No la ves por dónde llega?

RAM. La veo, Sabela, y quiero
decirla que no me importan
marmuraciones ni cuentos.

SABEL. Te convencí.

RAM. Antes que tú
convencióme mi deseo.

SABEL. Queda con Dios, meu filiño.

RAM. Sabela, con Dios me quedo.
(Entra Sabela en su casa.)
Ramonciño, no lo dudes...
Rosiña es un ángel bueno.
Si el corazón te lo dice,
¿por qué vas darte tormento?

MÚSICA

(Aparece Rosiña en la puerta de la casa de Sabela.)

RAM. ¡Ay, Rosiña, flor de mayo,
gala de la primavera!
Si quererte es cosa fácil,
olvidarte ¡cuánto cuesta!

ROSI. ¡Ay, galán de mis recuerdos,
verbo de la galanía!
Si supieras olvidarlo,
tu cariño ¿qué valdría?

RAM. Mi cariño,
nena mía,
lo sentía
desde niño.

ROSI. ¡Cuánto en venir tardaste,
cielo azul de mis sueños!
RAM. ¿No adivinaste,
cielo azul de mis sueños?
¿Tú no oíste
mis canciones
y sus sones
siempre tristes?
ROSI. ¡Eran suspiros tiernos,
y eran por mí, bien mío!
RAM. ¡Cuántos inviernos
de suspirar, bien mío!
Los DOS El cariño
que suspira
es airiño
que no gira.

RAM. Ya llegó la primavera;
en el monte no hay ya lobos
y en mis ojos ya no hay nieblas.
ROSI. Ramonciño de mi alma,
ya llegó la primavera,
y el amor que esperaba,
por fin.
RAM. ¡Nos amamos al fin!
Los DOS Primavera florecida,
luz alegre de alborada,
sé bienvenida
dicha tan codiciada.
Mis amores amanecen
con promesas venturosas,
como florecen
bajo tus pies las rosas.
¡Cantilena
del cariño!
ROSI. ¡Qué bien suena,
Ramonciño!
RAM. ¡Mi encantiño!
Los DOS ¡Cantilena

del cariño!
ROSI. ¡Qué bien suena,
Ramonciño!
RAM. ¡Mi encantiño!

HABLADO

CIRO. *(Que sale con Rosalío por la derecha.)*
¿Es ésta Rosiña?
ROSA. ¡Rosa!...
¡Nuestro padre!
CIRO. Ven, cariño.
ROSI. ¡Padre!
(Abrazándole.)
CIRO. ¡Aprieta!
ROSA. *(A Ramón.)*
¿No sabías?
Es mi padre, que ya vino.
RAM. Ya lo supe. Enhorabuena.
CIRO. ¿Y tú quién eres, mociño?
ROSI. Mi mociño desde agora.
CIRO. Mi yerno. Abrázame, chico.
(Abraza a Ramón también.)
Siempre fuí casamenteiro,
mas de esta vez pongo el mingo.
¿Has visto?... ¿Cómo te llamas?
RAM. Ramón Carballeda.
CIRO. ¿El hijo
de Bernardo Carballeda?
ROSA. El mesmo.
CIRO. Se dice el mismo.
Chico, chico... ¿Quién diría?
Paisano, ¡lo que has crecido!
RAM. Son muchos años, Cirolas.
CIRO. ¿Eh?
ROSA. Se dice don Camilo.
CIRO. ¡Bien, paisano! El padre de éste
era Bernardo Caldiño.
RAM. ¡Y yo también! Y orgulloso
de serlo. Me gusta oírlo.

CIRO. Porque tú eres populacho
como los demás. ¿Has visto
la mociña que te llevas?
ROSI. Padre...
CIRO. ¡Chocolate rico!
¡No te ocupes!
RAM. Voyme, Rosa.
Tengo de cogerte un nido
que en un castiñeiro vi.
ROSI. No lo quiero.
RAM. ¡Tiene vivos
siete pardales tan guapos!
ROSI. Déjalos allá; pobriños.
Cuando su madre los busque...
RAM. Si sabe que están contigo,
¡qué cantar el de la madre
por el bien que les hicimos!
(Mutis de Ramón por la izquierda.)
SABEL. *(Apareciendo en la puerta de su casa.)*
¡Cirolas!
CIRO. Que ya le dije
a vostede...
SABEL. ¡Camiliño!
CIRO. Lo que quieras.
SABEL. ¿No me ayudas
a tallar leña?
CIRO. ¿Qué dijo?
¿Tallar leña con mi Don?
Paisana, vuélvome a Vigo
y, en un barco de tres velas,
vuélvome a Cuba.
ROSA. ¡Bien dicho!
ROSI. Yo tallaré.
SABEL. No, mi niña.
Tu madre talla con brío,
y esas manos no se hicieron
pra tan cansados oficios.
Vuélvete a Cuba, Cirolas,
que aquí ya eres conocido.

MÚSICA

CORO *(Por la derecha.)*
Paso, paso a don García,
paso, paso al gran señor.
ROSI. ¡Don García!
SABEL. ¿Qué sucede?
ROSI. ¡Ay, mi Virgen! ¿Qué pasó?
CORO *(Irrumpiendo por la derecha.)*
¡Sabela, Sabela, Sabela!
Don García se enfermó.
SABEL. ¿Qué ha sido?
ROSI. ¿Qué ha sido?
CORO. Desmayado se cayó.
(Entra en escena don García, por su pie, apoyado en el brazo de Salgueiro. Le siguen Albariño y un grupo de gente.)
ROSI. *(Acudiendo a su lado.)*
¡Señor! ¡Señor!
¿Cuál es su mal?
SABEL. Aquí dejadle
reposar.
CORO Ya va cobrando
su color.
ROSI. Señor, ¿qué fué?
¿Qué fué, señor?
(Coge un jarrillo o medida que lleve una lechera, que figura entre las mujeres del coro, y llénalo de agua en la fuente. Entretanto, se sienta don García a la puerta de Sabela.)
CORO *(Murmurando en voz baja.)*
Rosiña con premura
va a curarle de su mal.
Por algo es la rapaza
su doncella principal.
Por el sonar del río
se conoce su caudal.
GARC. *(Al acercársele Rosiña con el jarrillo de agua.)*
Dulce samaritana,
bella flor de mi tierra,

si tú me das la mano
caminaré.

ROSI. Noble señor, mi mano
tiénela por derecho.
Donde el señor me mande
le llevaré.

SABEL. Pronto se ha recobrado.
Leve fué la dolencia.
Diga de qué sufría,
diga qué fué.

CORO *(Como comentario.)*
Mira el brillar de fuego
que su mirada tiene.
Brillan de amor sus ojos.
Lo adiviné.

GARC. *(Poniéndose en pie.)*
Amigos leales,
venid a mi lado.
Capullos gentiles,
llegaos también.
Mociñas hermosas,
rapaces fornidos,
mirad en mi espejo,
mi historia sabed.
Yo era un caballero
fuerte como un roble,
que en las fuentes claras
apagó su sed.
Lo mismo que al roble
que aguanta los vientos
y el hielo resiste
y el fuego del sol,
un ventiño leve
como un soplo de ángel
póneme agonías
en el corazón.
Avísanme los años.
Soy viejo, me cansé,
y un día, sin sentirlo,
sin savia, como el roble
me moriré.

Es ley fatal
que cumpliré.

Amigos leales,
capullos gentiles,
oíd mi consejo,
mi ejemplo tomad.
Mociñas hermosas,
rapaces fornidos,
pensad en que un día
la muerte vendrá.
No tengáis entonces
de qué arrepentiros.
Sea vuestra muerte
flor de santidad.

ROSI. No piense en nada malo.
Venga, señor, conmigo.

SABEL. Llévale tú, Rosiña,
llévale tú.

GARC. Báculo florecido,
hiedra olorosa y verde,
¡ven a cubrir mis ruinas
de amor y luz!
(Se apoya en la muchacha y va caminando hacia la izquierda, tomando el camino de este lado. Algunos le siguen.)

CORO. *(Comentando en voz baja mientras siguen unos a don García y otros quedan formando pequeños grupos, que se van marchando lentamente.)*
Rosa, Rosiña, hermosa,
flor de la aldea linda.
¡Lástima que tan joven
seas pra él!
Vas a vivir esclava,
sin amoriños buenos,
como entre los espiños
un caravel.
(Sabela ha quedado sola en escena.)

SABEL. ¡Ay del señor, tan noble y tan mozo,
que andaba en las ferias bailando de gozo!
¡Ay tiempo aquel de la juventud,
que andaba y amaba vendiendo salud!
(Sale Ramón por la derecha, volviendo la cabeza hacia atrás.)

RAM. ¡Yo la vi pasar,
y no me miró!...
(Entra en su casa. Por la derecha llega el Ciego de Lestrove con su lazarillo.)

CIEGO. Era en la aldea una hermosa mociña
y era en el pazo un altivo señor...
(Ramón ha aparecido tras la cerca y se ha puesto, tristemente, a trajinar, mientras que Rula, que también aparece, le contempla emocionada.)

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Frente al santuario de la Virgen de la Espiña, en las inmediaciones de la aldea de Castrelo. En primero y segundo término de la izquierda, parte de un antiguo convento con puerta practicable, que da acceso a la única planta que ha respetado el tiempo. A ambos lados de la puerta, bancos de piedra. La planta superior aparece derruída y asaltada por hiedras, musgos y jaramagos. En segundo término del mismo lado, sesgado ligeramente hacia el centro, el pórtico del santuario, puro ejemplar románico, en buen estado de conservación, elevado del suelo, desde el cual se asciende por dos peldaños de piedra. La portada del santuario es también practicable. Un rompimiento con dos grandes robles, uno a cada extremo del proscenio, al ras de la primera caja. Segundo rompimiento de árboles frente al ángulo que forma la iglesia con el edificio contiguo. Telón al fondo, prolongando el hermoso robledal de ejemplares añosos y esbeltos. Al pie de algunos árboles, piedras para sentarse. A ambos lados de la portada del templo, bancos de piedra sin desbastar. Son las doce del día y el sol se filtra entre el ramaje de la arboleda. A la sombra de los árboles del fondo, se extiende una fila de puestecillos de pan de Caldas, ajos, peras,

osquillas, quesitos blancos, centollas, lacones y ciruelas "ambari-as", servidos por vendedoras de diversa edad, sentadas en sillitas ajas, en cojines formados por telas de saco plegadas o en canas-s boca abajo, teniendo la mercancía en improvisados mostradores ajos, que forman unos pequeños banquillos y los propios cestos ue sirven de envase. A la derecha, en segundo término, una gran ipa de vino encima de un soporte de tijera, con su espita y llave. su lado, una mesa con jarras de loza y cuncas o tazones del mis-o material. El puesto del vino está a cargo de dos mozos ribei-nos. A ambos lados del pórtico, en los bancos de piedra, cuatro ncianos mendigos, barbudos y solemnes. En el centro de la escena, na mujer penitente; cumpliendo su voto, arrodillada, cara al san-tario, con los brazos en cruz. Algunos mozos discurren de puesto en puesto haciendo compras.

MÚSICA

IOZOS. Para ver unos ojos negros
con el traje de fiesta vengo;
pero dicen que la rapaza
esta vez se quedó en su casa.

/END. Por ti, Virgen de la Espiña,
vendré contenta otro año;
mas no vendré por los mozos,
que no se gastan ni un cuarto.
Los rapaces de aquí
yo no sé qué tendrán,
pero todo lo ven
y se van sin comprar.

MOZOS. / /END. El cielo, cuando enteróse
que estamos de romería,
sus nubes presto deshizo
por ti, Virgen de la Espiña.

/EN. 1.ª ¡Tetillas de Castromonte!
/EN. 2.ª ¡Centollos del mar d'Arousa!
/EN. 3.ª ¡Rosquiñas de Ribadavia!
/EN. 4.ª ¡Cirolas, buenas cirolas!
MEN. 1.º ¡Feliz el que da á los pobres!
MEN. 2.º ¡Dichoso el que puede dar!
MEN. 3.º ¡La Virgen os lo agradece!
MEN. 4.º ¡Os mira desde su altar!

(Por la puerta entreabierta del templo se percibe el canto de la capilla, acompañado por un armonio.)

CORO. Agnus Dei quitollis pecata mundi, etc.
(Por la derecha entra un grupo de mujeres de diversa catadura y edad. Todas traen exvotos y ofertas en especie: velas, cabezas, brazos y piernas de cera; huevos, pollos, frutas, maiz.)

MUJE. A la Virgen de la Espiña,
por cumplir una promesa,
desde cuatro leguas vengo,
desde veinte yo viniera.
(A la puerta del convento aparece Cirolas embutido en una sotana. Le acompaña un monaguillo, que recoge de las manos de Cirolas, entrándolas o tirándolas al interior, las ofrendas que a aquél le entregan las mujeres.)
¡Mi vela que luzca preto!

CIRO. ¡De real, y queréis que luzca!

MUJE. ¡Un pollo de cinco meses!

CIRO. ¡Tú sí que eres buena grulla!

MUJE. ¡Ten, hombre, que es la cabeza
del bueno de mi marido!

CIRO. ¡Qué habrás hecho tú, santiña,
cuando él la tuvo en peligro!
(Suenan alegremente las campanas. Entran las mujeres en el templo. La penitente entra con ellas. Han salido del santuario algunos mozos.)

MOZOS. La misa acabóse,
también el sermón.
¡Paisanos, qué grande,
qué linda función!
Jamás en Castrelo
se vió nada igual,
con gente tan buena
ni tan principal.

RIBEI. ¡Vengan los mozos que teñan diñeiro,
que éste vino es el vino mejor del Ribeiro!

MOZOS. Sirve, amigo, a estos rapaces
una cunca del tostado;

que al mirar la cunca llena
resucita un afogado.
¡Venga vino, venga vino,
que es de reyes abofé!
¡Venga vino del Ribeiro,
que a un defunto pone en pie!

HABLADO

CIRO. ¡Buen tostadiño, caranio!
¡Paisanos, buena función!
MOZ. 1.° ¡Buena vida que te pasas!
CIRO. ¿E non sabes que me voy?
MOZ. 1.° ¿A la Habana?
CIRO. A mi Cubita
me vuelvo.
MOZ. 1.° ¿Ya?
CIRO. ¿Es ley de Dios
que a un señor de mi calibre
le den por ocupación
mover el botafumeiro
en esta ermida? Si no
fuera porque ya llegaba
la fiesta... Menos mal que hoy...
RIBE. 1.° ¿Dieron mucho?
CIRO. Alguna cosa.
Y eso que hay cada ladrón
que estuvo medio enterrado
y se descuelga con dos
veliñas de las peores.
Pero ¿para cuándo son
esas vaquiñas bermellas
que relucen como el sol,
y esos cochos blanquinegros
que te hacen tan buen sabor,
y esos retratiños de oro
de Alfonsiño de Borbón?
¡Ya no hay creencias, paisanos,
en Galicia!
MOZ. 1.° Bueno, adiós,
que es la hora de comernos
el matadoiro.

CIRO. ¡Bo! ¡Bo!
¿Qué es eso para las cosas
que tenemos? La peor,
¡arroz con café con leche!

MOZ. 1.° Bien, Cirolas.

CIRO. Tengo Don.

MOZ. 1.° *(Con una reverencia.)*
Hasta luego, don Cirolas.

CIRO. ¡Caranio! ¡Así está mejor!
(Con la última frase del Mozo 1.°, éste y sus amigos se van hacia el fondo y luego hacen mutis por el foro izquierda. Ahora salen por la derecha, primer término, Salgueiro, Albariño, Rosiña y Eulalia. Esta es una mujer guapetona; pero ya de treinta y tantos años. Con Rosiña trae un gran cesto, como un baúl, tapado. Albariño lleva al hombro una sera de botellas de vino. Salgueiro se limita a dirigir la caravana.)

SALG. Buenas tardes, don Camilo.

CIRO. ¿Qué es esto?

SALG. Lo que ofreció
don García. Vino caro,
aunque extranjeiro...

ALBA. E senón
es de plomo, la compaña
me leve.

SALG. E mais, pirifol
pra la ensalada.
(Indicando el cesto.)

CIRO. ¿Todo eso?

SALG. E mais... ¿Qué mais?

EULA. Un lacón
que está diciendo: ¡Comerme!
(Con malos modos.)
Princesa, ¿tiras o no?

ROSI. Ya tiro.

CIRO. Eulalia, ten modo
con mi niña.

EULA. ¿Es una flor
que se pudre de mirarla?

ROSI. Calle, Eulalia.
CIRO. Aquí, chitón.
(Entran Eulalia y Rosiña en el viejo convento.)
ALBA. El diaño en el cuerpo tiene
esa muller. El señor
de Castrelo... En fin... ¡Morriña!
¡Compitencia!
SALG. *(Dándole con el codo.)*
¡Chute!
CIRO. ¡To!
Podes decir lo que quieras
porque a la Habana me voy.
(Mutis de los dos hacia el convento. Por la derecha llega Sabela.)
SABEL. Cirolas...
CIRO. Vostede busca
tres pies al gato...
SABEL. ¿Y tú no?
Vengo a decirte que el treinta
sale de Cruña el vapor.
CIRO. ¿Y el diñeiro pra el pasaje?
SABEL. ¿Quién tiene que darlo? Yo.
CIRO. Te escribiré en cuanto llegue.
SABEL. ¡Dios che o pague, corazón!
CIRO. ¿Casaremos a Rosiña
antes de marchar?
SABEL. Mejor
será que te vayas antes.
Ya Rosalío casó
y podes irte tranquilo
y morirte sin dolor.
CIRO. Paisana; pero qué empeño
de que muera, cuando soy
más vividor que un lorito
brasileiro.
SABEL. ¡Vividor!
Y a Rosalío y a Rula,
¿los viste por la función?
CIRO. Sí, con toda la parranda.
¡Eso es un crimen feroz!

Paisana, yo no transijo
con eso.

SABEL. Es la tradición.
Cuando pasen unos días,
ya se juntarán, señor.

CIRO. ¡Y menos mal que estuvieron
en Compostela! Si no...

SABEL. Lo que importa es que Rosiña
case pronto con Ramón.
Está muy namoradiño
y él es un ángel de Dios.

CIRO. Trújome dos onzas de oro.

SABEL. ¿A ti?

CIRO. Sí, señora. Son
el voto que tiña feito
por conseguir el amor
de Rosiña.

SABEL. ¿Y las guardaste?

CIRO. En un curruncho.

SABEL. ¡Ladrón!
¡Sacrílego!

CIRO. Chica, chica;
paisana, ¡hágame el favor!...
¿El no quería casarse
con Rosiña? ¿Yo no soy
su padre? ¿Yo no le di
el consentimiento? ¿No?
Pues ¡a ver a quién le debe
la rapaza! ¡A un servidor!

SABEL. ¡Corre a buscarlas, Cirolas!
¡Dáselas a don Amós!

CIRO. ¿Al abade?

SABEL. ¡Vuela, hereje!
¡Un diaño te emponzoñó!

CIRO. Si le damos al abade
las onzas, no las ve el sol.

SABEL. ¡Corre a volverlas, Camilo!
¡Arripiola, pantasmón!
(Cogiéndole y empujándole.)
¡Anda, Judas Iscariote!

CIRO. ¡Paisana, quieta!

SABEL. ¡Si voy
a meterte un batibarbas
que morres sen confesión!
(Mutis por la izquierda de los dos, ella iniciando el puñetazo.)

MÚSICA

(Van saliendo de la iglesia hombres y mujeres, mozas, mozos y chicos. Salen en grupos que se van por los distintos términos adecuados para hacer mutis. Las vendedoras y los mendigos renuevan, al verlos, sus pregones. Algunos romeros socorren a los pobres, otros se llegan a los tenderetes para hacer compras. Otros se acercan al puesto del vino y beben.)

MOZOS A la Virgen de la Espiña
fuí por ver a una rapaza;
perdí el viaje, porque dicen
que esta vez quedóse en casa.

RAM. *(Que ha salido también del templo.)*
A la Virgen de la Espiña
débole un favor muy grande:
que me quiere y que la quiero
y que no le importa a nadie.
(Salen de la iglesia Flavia, Santiña, Margarida, Manoela y otras dos mozas. Las seis se conciertan, cuchichean y vienen luego junto a Ramón.)

MOZAS ¡Ramonciño!

RAM. ¡Rapazas!
¿Qué me queréis?

MOZAS Saludarte y hablarte
para tu bien.
Ya sabemos, Ramonciño,
que te casas con Rosiña.

RAM. Tal es mi voluntad.

MOZAS Pues estás de enhorabuena,
que la novia es cosa fina.

RAM. No os chanceéis de mi felicidad.

MOZAS Desde que ella está en el pazo
no hay aquí mejor partido.

RAM. Es pobre y es humilde como yo.
MOZAS Tú serás un buen marido.
¡Buen marido consiguió!
RAM. ¡Callad! ¡Callad!
No sé qué malicia
trasciende el tono
de vuestra voz.
MOZAS Antes de caer
mira bien lo que haces.
Después, ya no.
RAM. ¡Callad! Me atormentáis.
MOZAS Ramón, es por tu bien.
RAM. Mi bien es la mujer que calumniáis,
y a vuestro afán responde mi desdén.
MOZAS Ramón, todos lo saben menos tú,
y es hora ya de hablarte por tu bien.
RAM. ¡Ah, vil murmuración!
¡Ardides de mujer!
MOZAS Escúchanos, Ramón.
RAM. ¡Qué extraña obstinación!
MOZAS ¡Te habrás de convencer!
RAM. Obra es de la envidia
vuestra insistente
calumnia vil.
MOZAS Nadie jamás
la habló de amor,
aunque un no sé qué
tiene de angeliño.
RAM. Yo sí la hablé
de amor con fe.
MOZAS Sabela a ti, Ramón,
te enfeitizó.
RAM. ¡Callad, por compasión!
MOZAS Tendrás mujer hermosa de verdad...
RAM. ¡Sí que lo es!
MOZAS Mujer hermosa y digna de un señor.
RAM. ¡Maldiga Dios las lenguas de mujer
que envenenar pretenden este amor!
MOZAS No comprendes, ingrato, nuestro interés.
RAM. En el cielo, entre las nubes,
una sola estrella brilla.

Entre cardos y silveiras
siempre luce una rosiña.

MOZAS ¿Cómo va a lucir la rosa
si una meiga la enfeitiza?
Entre meigas y feitizos...

RAM. ¡Siempre luce una rosiña!
(Hace mutis por el primer término derecha. Salen de la iglesia don García, don Amós (el párroco) y un grupo de hombres. A poco, por la izquierda, Cirolas, Salgueiro, Albariño y el monaguillo, que lo mismo que Cirolas, se ha quitado la sotana. Los mendigos y las vendedoras rodean a don García abandonando sus puestos.)

MUJER. Llévеme una cousa.

HOMB. ¡Una limosniña!

GARC. No me habléis, amigos,
todos a la vez.
Tengo para todos.
Toma tú, Lourenzo.
Coge tú, Pelonia.
Tú, Domingo, ten.
(Sigue repartiendo dinero entre unos y otros.)

TODOS Don García es generoso,
rico y noble como un rey.
En el cielo están labrando
la corona para él.

CIRO. Van dejarle sin un cuarto.

EULA. Siempre así le dejarán.

ALBA. Pra los pobres son los ricos.

CIRO. Yo los voy a espabilar.
(En efecto, se lanza en medio del grupo, y en un instante despeja el paso, con la ayuda de Salgueiro. Avanza don García con el cura a la puerta del edificio, y todos son sorprendidos agradablemente por el pasacalle que suena por el fondo. Salen en primer lugar el gaitero y el tamborilero, que es un chico; luego Rula y Rosalío, y a continuación varias parejas de mozas y mozos del brazo y llevando en 'a mano libre cada uno una larga vara, con la que gol-

pean el suelo acompasadamente. Dan una o dos vueltas a la escena, en esa forma, y luego se sientan en el suelo, formando un ancho corro, y dejando en un extremo a la pareja que ha de bailar la muiñeira. El gaitero y el tamborilero quedan de pie a la derecha. Don García, don Amós y Cirolas se sientan a la puerta del convento. Salgueiro, Albariño y el monaguillo forman grupo a su lado. Un mozo—el que ha de bailar—se levanta de pronto, animado por los demás, y después de dar los primeros pasos de la muiñeira viene a primer término a invitar a la moza que ha de servirle de pareja. Bailan entonces ambos la muiñeira animadamente, mientras que todos los presentes cantan.)

TODOS Para bailar es menester
que sea hermosa la mujer.
La gaita llora y el tambor
lleva el compás del bailador.
¡Bailar! ¡Bailar!
¡Bailar la ronda del amor!

La gallina tiembla de rubor
cuando el gallo baila alrededor.
La gallina muere de pesar
cuando el gallo deja de bailar.
¡La muiñeira tiene el bravo son
de una antigua gesta de pasión,
y un gallego vibra al escuchar
nuestra vieja danza popular!

¡Ay, Marusiña, si bailas conmigo
he de sembrar dos ferrados de trigo,
y pra'l verano, cuando lo siegue,
con tu persona me he de casar!
¡Ah!...
¡Baila más! ¡Baila más!...
¡Ah!...
¡La muiñeira tiene el bravo son

de una antigua gesta de pasión,
y un gallego vibra al escuchar
nuestra vieja danza popular!

Quiero bailar con la nena bonita
que por las noches el sueño me quita.
Porque es bonita y es cariñosa,
¡con esa nena quiero bailar!
La gaita llora, y el tambor
lleva el compás del bailador.

HABLADO

GARC. Enhorabuena a los novios,
que ya vieron sus amores
bendecidos y logradas
sus preciosas ilusiones.
RULA. Gracias, señor.
ROSA. . Gracias digo
yo también; pero...
RULA. *(Haciéndole callar.)*
Chute, home.
CIRO. Y dígales a esa turba
de amigos festejadores
que los dejen. ¡Por lo menos
que los dejen a la noche!
GARC. La costumbre, don Camilo...
CIRO. ¿Lo oísteis? Siga... y perdone.
GARC. La costumbre es que acompañen
las amigos con canciones
y con bailes y parrandas
al matrimonio. Son jóvenes.
¡Tiempo tienen de aburrirse
los dos solos!
CIRO. Hay razones
que convencen a cualquiera...
menos a ellos dos; que conste.
ROSA. *(A Rula.)*
¿Le digo lo del regalo?
RULA. Calla, tolo.

ROSA. *(A don García.)*
¿Es que olvidóse
vostede del regaliño?
RULA. ¡Ay, señor!...
GARC. No te sofoques,
Ruliña. Tiene razón.
Me olvidé, y os debo doble.
Salgueiro: diez peluconas
les darás, para que compren
el tálamo prometido
y guarden lo que les sobre.
(Don García con el cura entra en el viejo edificio. Le siguen Salgueiro y Albariño.)
ROSA. ¿Dijo el tálamo?
RULA. E verdá.
ROSA. ¿Qué será el tálamo?
CIRO. Un pote
de cuatro pies. ¿No lo sabes?
¡Tálamo! ¡Latín!
ROSA. ¡Ah!
CIRO. "Dómine
exaudi orationem mean
tálamo currente nobis."
"Novios con pote caliente,
ración cumplida se comen."
¡Y llevo aquí cuatro días
de sacristán!
RULA. Ya lo oyes,
Rosalío.
ROSA. Tengo un padre
que sabe más que el demontre.
CIRO. *(Al monaguillo.)*
Paisano, vamos a ver
si nos dan el alboroque.
Adiós, filiños.
(Mutis con el chico por la izquierda.)
ROSA. Adiós.
(A Rula.)
¿Vamos, reina?
RULA. Vamos, conde.
¿Y sabes lo que es el tálamo?

ROSA. ¿No lo oíste?
RULA. ¡Claro!
ROSA. ¿Entonces?...
RULA. ¡El tálamo es una cama
de matrimonio, bodoque!
ROSA. ¡Las mulleres siempre estáis
pensando mal de los homes!
(Suena otra vez el pasacalle, y a su son, vanse por la derecha emparejados los de la comitiva nupcial. Por el fondo llegan Ramón, Farruco, Guirgorio, Clodio y Amaro empeñados en disputa.)
FARRU. La sangre se te subió
de un golpe.
RAM. ¡Sangre de heridas
que todos me estáis abriendo
con vuestras uñas!
AMARO. Rosiña
no te conviene, Ramón.
CLOD. Es por tu bien...
GUIRG. No es malicia.
FARRU. Duerme en lecho de oro y plata.
RAM. ¡Mentís!
AMARO. Dormirá.
RAM. ¡Mentira!
FARRU. Quiérela el señor del pazo.
AMARO. ¡Como a tantas!
RAM. Es distinta.
FARRU. Ya no pagarás la renda.
AMARO. Tendrás en aparcería
lo que quieras.
FARRU. ¿Pero a costa
de qué, Ramón?
RAM. Calla, víbora.
¿Es que en el pazo no pudo
servir una moza linda
sin que tuvieran que hablar
de su fama, cuando es limpia?
FARRU. No sirvieron más que viejas
o... picadas de la avispa.

AMARO. En las ferias, como bois,
las compraba don García.
GUIRG. E verdá.
CLOD. Mucha verdade.
RAM. ¡A Rosiña, no!
FARRU. ¡Que digas,
en ley de Dios, que ella tiene
una bula pontificia!
RAM. Dejaime, rapaces.
AMARO. Piensa
lo que te dijimos.
FARRU. Mira
que tú la quieres, que no
sabrás hacer la pamplina.
RAM. ¡Dejaime, digo!
FARRU. ¿Y con ella?
AMARO. Tú piensa.
FARRU. Piensa y cavila.
(Se van por el fondo izquierda.)
RAM. Me matan con sus consejos
y me envenenan la vida.
Veo la verdade clara
en los ojos de Rosiña;
pero la aldea me enturbia
mi verdad con su mentira.
SABEL. *(Por la iglesia.)*
Ramón, ¿ya estás aliviado?
RAM. Sabela, ¿cómo se alivia
la febre cuando se está
dentro de una hoguera viva?
SABEL. Echale agua de mis ojos,
pero quiere a mi santiña...
¡Por la gloria que en el cielo
tiene tu madre, a la orilla
del arroyo donde baña
sus pies la Virgen María;
por el nombre de tu padre,
que está viendo noche y día
los estrados en que el Rey
de la Gloria hace justicia;

por la cruz de Jesucristo,
por su corona de espiñas!...
¡Por el suelo que pisamos,
tierra noble de Galicia,
donde tiene, desde siglos,
su refugio la hidalguía!

RAM. No me atormentes, Sabela.

SABEL. No la mates a mi hija.

RAM. ¿Matarla?

SABEL. Si bien se quiere,
se mata cuando se olvida.

RAM. No la olvidaré. Bien sabes
que olvidarla no podría.
Pero me voy... Mar y tierra
pondré por medio.

SABEL. La vida
vas quitarle.

RAM. Si ella quiere,
vamos juntos a vivirla.
Si no quiere...

SABEL. ¿Qué?

RAM. La aldea
tendrá razón.

SABEL. ¡Maldecida
sea la aldea, las fuentes
no manen sino agonías
desesperadas, los prados
se llenen de negras víboras,
llueva del cielo la sal!...

RAM. ¡Fora meiga!

SABEL. ¡Ay mi filiña!
¿Son bastantes maldiciones
pra tu lástima, hija mía?
(Sale Rosiña del convento, a tiempo de advertir la desesperación de su madre.)

ROSI. ¡Madre!

RAM. ¡Rosiña!

ROSI. ¡Mi madre!

SABEL. ¡Malpocada!

ROSI. No te aflijas.
Eulalia díjome...

SABEL. ¿Qué?
ROSI. La pasión de don García.
RAM. Era verdade, Sabela.
Te quiso... ¿Y tú?
ROSI. ¿No adivinas,
Ramonciño? ¿Tú no sabes
que te quiero?
SABEL. ¡Envidia! ¡Envidia!
¡La que enmustióse en pecado
mortal! ¡La loba! ¡Maldita!
ROSI. ¿Quién dijera, Ramonciño?
SABEL. ¡Miente, miente quien lo diga!
ROSI. Júrote que el caballero
no me ofendió...
SABEL. ¡No sabría!
ROSI. Sus ojos fueron de padre,
sus miradas fueron limpias,
sus manos apenas sé,
como blancas, si son frías...
SABEL. ¡Sus manos de caballero,
que bendicen!...
RAM. ¡Ay, Rosiña!
¡Mírame, para que veas
en mis ojos la alegría!
Partiremos...
SABEL. ¡No!
RAM. Muy lejos.
SABEL. ¡Nunca, no!
ROSI. ¿Dónde?
RAM. A la orilla
del otro lado del mar,
donde no lleguen las iras
de tu señor, si te escapas
de sus deseos...
ROSI. *(Decidida.)*
¡Aína!
SABEL. ¡No te irás!
RAM. Nadie en la aldea
pensará bien.
ROSI. ¡Nadie!
SABEL. ¡Envidia!

¡Envidia de can hambriento!
ROSI. ¿Cuándo, Ramón?
SABEL. ¡Nunca!
RAM. ¡A prisa!
Mañana mismo.
SABEL. ¡Jamás!
ROSI. ¡Adiós!
RAM. ¡Adiós!
SABEL. Ven, miniña.
(Rosiña entra en el antiguo convento. Ramón se va por la derecha. Dentro del templo ha empezado a sonar, dulcísima, una plegaria a la Virgen, acompañada de órgano. Entretanto, Sabela grita su salmodia de lamentaciones.)
¡Y te irás, capullo tierno,
como vuela la anduriña
por encima de los mares,
de los llanos, de las cimas!...
¡Y te irás, paloma blanca,
mensajera de la dicha,
con tus alas refulgentes
en los aires extendidas!...
¿Quién detiene el vuelo tuyo
si el amor es quien te guía,
aunque dejes el cariño
de tu madre dolorida?
El cariño de tu madre,
que es sereno como brisa,
¿cómo puede al vendaval
de un amor que es una vida?
¡No la dejes de tu mano,
Virgen Santa de la Espiña,
mientras va por los caminos
de las horas y los días!
¡Tú eres Madre, y padeciste
mis angustias y mis cuitas,
y estos duelos de la ausencia
que son ansias de agonía!
(Cae de rodillas.)
¡Que la sombra la acompañe
de mi cuerpo, mientras viva;

que el amor del que la lleva
satisfaga su codicia;
que no sufra sede y hambre,
que consuele si suspira,
que me llame desde lejos!...
¡Y que vuelva... madre mía!
(Llora tiernamente. El coro interno ha seguido, durante los anteriores versos, cantando, muy dulcemente, la Salve.)

CORO. ¡Salve, Reina y Madre
misericordiosa!
¡Dios te salve!

—

¡Oh, vida, dulzura
y esperanza nuestra!
¡Madre Augusta!

TELÓN Y MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Ante el pazo de Castrelo, que se alza a la derecha en línea levemente oblicua hacia el centro. El pazo és un gran edificio de dos plantas y una torre, con puerta guarnecida de fuertes herrajes. En la clave de su arco campea un escudo heráldico, labrado en la misma piedra. En el centro de la escena hay un típico "cruceiro" galaico: en una grada de tres peldaños descansa un plinto y sobre él una columna de granito; en ella aparece crucificado un pequeño Cristo románico; por bajo de esta imagen, dos figurillas representando a Adán y Eva. Por el último término de la derecha—donde remata el pazo—viene un camino real que, atravesando la escena, sigue por el primer término de la izquierda. Al fondo se tiende el paisaje verde, limitado por suaves colinas. A la izquierda de este fondo, en una mediana proximidad, hay una iglesia rural, hasta la cual se subiría, al ser necesario, por una senda, esmaltada de escalones de vez en vez. Son las nueve de una noche de intensísima luna, que da de lleno en el pazo.

(Don García está sentado en la grada del cruceiro cuando sale Rosiña del pazo con una taza de café servida.)

HABLADO

ROSI. ¡Señor!...
GARC. ¿Qué quieres, Rosiña?
ROSI. El café...
GARC. Trae que lo tome.
ROSI. *(Al entregarle la taza.)*
¿No se enfriará vostede?
GARC. No, rapaza. Soy un roble.
ROSI. Mas estas noches de luna
dicen que son malas.
GARC. ¿Dónde
lo has oído?
ROSI. ¡Ay, mi señor!
Dícenlo todos.
GARC. Pues óyeme.
En estas noches de luna,
viejo ahora y antes joven,
pláceme mirar al cielo,
¡y veo tales visiones!...
ROSI. *(Santiguándose.)*
¡Santa María de Simes!
GARC. *(Se levanta dejando el servicio de café sobre la grada del cruceiro.)*
Rosiña... Ven... No te azores.
ROSI. Señor... En el fiadeiro
me aguardan.
GARC. Bien.
ROSI. No se enoje.
GARC. Bien, Rosiña... No me enojo.
Contigo, nunca.
(Rosiña, emocionada, temerosa y confusa, rompe en un suave sollozo.)
¡No llores!
¿Por qué me temes, Rosiña?
ROSI. No le temo... ¡No! Perdóneme.
(Por la izquierda suena la voz de Cirolas.)
CIRO. *(Dentro.)*
¡Adiós, Galicia!
ROSI. ¡Es mi padre!
GARC. ¿Cómo?

ROSI. De camino ya.

(Entra por la izquierda Sabela, llevando del cabezón un burro, sobre el cual cabalga Cirolas a mujeriegas. Detrás vienen, cogidos de la mano, Rula y Rosalío.)

SABEL. Buenas noches.

CIRO. ¡Don García!
¡Mi gran señor!

GARC. ¿Dónde vas?

CIRO. Voyme a la Habana.

GARC. ¿Y en burro?

CIRO. En burro hasta la mitad
del camino.

GARC. ¿Y marchas solo?

CIRO. ¡Gracias a Dios! Luego irán
por esta misma andadura
otros diez o doce más.
Emigrantes... ¡Populacho!
Yo voyme solo, y allá
los espero en La Coruña.
No me gusta a mí alternar
con la plebe, don García.

GARC. Haces muy bien.

ROSA. Es verdad.

CIRO. ¡Adiós, Galicia!

SABEL. ¡No grites!

CIRO. ¿Y cómo se va a enterar
Galicia de que me marcho?
¡¡Adiós, Galicia!!
(Salen Albariño y Salgueiro del pazo.)

ALBA. ¿Quién?

SALG. ¡Ah!
¿Erais vosotros? Cuidaba
que era la Santa Hermandad
por las voces.

GARC. Es Cirolas.
¿No sabéis que se nos va?

ALBA. Mucho tiempo nos aguarde
por allí.

CIRO. Pero, ¿creerás,

Albariño avinagrado,
que me voy a suicidar?
No, hijo mío. ¡No! ¡Las cosas
que teño de hacer acá
todavía!

SABEL. Cosas grandes.
CIRO. Una de ellas, enviudar.
SABEL. ¡Cuánto falas! ¡Arre, burro!
CIRO. No insultes al animal,
que voy a dar en el suelo.
SABEL. Pero no te matarás.
CIRO. No te ocupes.
GARC. *(A Rula y Rosalío.)*
¿Y vosotros...
rapaces, también os vais?
RULA. A despedirle en el puente.
GARC. Rosiña también irá.
ROSI. Si vostede me lo manda...
(Albariño coge el servicio de café y entra con él en el pazo, de donde vuelve a salir a poco.)
CIRO. Conste que a mí me es igual.
Y vosotros... bien haríais
marchándoos.
ROSA. ¡Ojalá!
CIRO. Si os encuentran los amigos,
otra noche que os pasáis
de parranda. ¡Y son diez días,
con hoy, de parrandear!
RULA. ¡Ay, e verdade!
CIRO. ¡Caranio!
No sé cómo lo aguantáis.
SABEL. ¡Cuánto falas! ¡Arre, burro!
GARC. Adiós, amigo.
CIRO. ¡So!... ¡Atrás!
Perdóneme, don García,
que no me apee.
ROSA. Es que va
con las dos piernas atadas.
CIRO. ¡Salud y prosperidad!
Viva los años que pueda,
muera sin dolor; en paz

descanse cuando lo entierren,
y avísenos dónde está,
porque si va a los infiernos
le es inútil el rezar.

SABEL. ¿No te comerán la lengua?

CIRO. ¿Digo mentira o verdad?

GARC. Dices verdad, que te escucho
con calma, porque te vas.
¡¡¡Adiós, Galicia!!!

CIRO. ¿Cirolas?
¡Y no poder contestar!
¡¡¡Adiós, Galicia!!!

SALG. Buen viaje.

ALBA. ¡Viva Cirolas!

CIRO. ¡Dejad
que me desate!

SABEL. ¡Arre, burro!

ROSA. ¡Arre!

CIRO. ¡Chute!

RULA. ¡Arre, galán!

CIRO. ¡Que me caigo!

SABEL. ¡A los infiernos!

CIRO. A los infiernos... quizás;
pero conste que en el Limbo
tú a mí no me haces entrar.
¡Que yo no me chupo el dedo!

SABEL. ¿Cómo?

CIRO. ¡Que no me la dan!
¡Que a un gallego no le engañan
si él no se deja engañar!
(Mutis por el foro derecha de Cirolas, en el burro; Sabela, Rosiña, Rula y Rosalio.)
¡¡Adiós, Galicia!!
(Ya dentro.)

GARC. ¿Escuchasteis
más tonterías jamás?

SALG. Nunca, señor.

ALBA. Don Camilo
es un pavero.

GARC. Ya, ya...

SALG. Tiene doble fondo.

ALBA. Y, claro,
Rosiña... pues le es igual.
SALG. Hija suya.
GARC. De Rosiña
¿qué tenéis que murmurar?
SALG. Pero el señor, ¿no lo sabe?
GARC. ¿El qué?
ALBA. Que también se va.
GARC. ¿Qué dices, vil escorpión?
ALBA. Nada digo...
SALG. Es por hablar.
GARC. No, por hablar, no te atreves
a nombrarla... ¡Ven acá!
ALBA. ¡Señor!...
(Acercándose medroso.)
GARC. ¿Dónde va Rosiña?
ALBA. No lo sé.
GARC. Eres un rufián.
ALBA. Lo que mande don García.
GARC. Dime toda la verdad.
SALG. Serán cuentos de la aldea.
GARC. Habla, bribón.
ALBA. Pues por mal
que me venga de decirlo,
yo no le quiero engañar.
Ramón se la lleva a Cuba.
En Santiago casarán
el domingo, y vanse juntos.
GARC. ¿Esta noche?
SALG. ¡A más tardar!
GARC. ¿Tú también?
SALG. Por el arriero
lo supimos.
GARC. ¡No se irán!
Tú, Salgueiro, ven conmigo.
Tú, Albariño, ve al casal
de Ramón, y que al momento
venga al pazo.
ALBA. Voy allá.
(Mutis por la izquierda.)
GARC. ¡Qué tiempos llegan, amigo!

Ya se quiere derrocar
a los señores... Ya nadie
tiene respeto...

SALG. ¡Es verdad!

(Entran los dos en el pazo.)

MÚSICA

(Salen por el foro derecha Rosalío y Rula, rodeados de sus amigos los parrandeiros. Estos son doce mozas y doce mozos. Uno de éstos toca una guitarra; otro, un acordeón, y otro, el triángulo. Otros tres mozos y las mozas que a ellos y a los anteriores sirven de pareja, llevan un par de conchas de "vieira" que frotan una con otra. Estas seis parejas bailan, durante el número, con Rula y Rosalío. Las otras seis parejas no bailan, presenciando lo que hacen los demás; pero los mozos de ellas acompañan el baile golpeando el suelo con su varas. Al final, hacen mutis por el primer término de la derecha, las parejas que bailan. Rosalío y Rula las van a seguir; pero, juzgando oportuna la ocasión para librarse de ellas, desaparecen por la izquierda, siendo entonces seguidos por las parejas que no bailaron.)

PARR. Parranda, parranda,
que soy parrandeiro,
con cunchas, pandeiro,
ferriños e mais.

PARR. Venid de boda, canástolis.
Los novios son muy simpáticos.

RULA. Los novios están flenéticos.

ROSA. ¡Y mira que eran fleimáticos!

PARR. Las nenas bonitas
que quieren casar,

se van de paseo
con un melitar.
Las nenas bonitas
no saben qué hacer
por verse llamadas
"a miña muller".

TODOS Parranda, parranda,
que soy parrandeiro,
con cunchas, pandeiro,
ferriños e mais.
¡Cuidado, miniñas,
con los melitares!
Les dan el cañuto
y aquí vos quedáis.

PARR. Si la mujer es la tuya, ya,
bien debes ir descuidado, do.
RULA. ¡Tranquilo puede dormirse, se!
ROSA. ¡Despiértame, por si acaso, so!

PARR. Las nenas bonitas
que quieren casar,
etcétera, etc.
TODOS Parranda, parranda,
que soy parrandeiro...
etcétera, etc.
(Mutis de todos. Por el fondo derecha vienen Rosiña y Sabela.)

HABLADO

SABEL. ¡Qué hermosa noche, Rosiña!
ROSI. La luna
quiso alumbrar nuestra noche de viaje.
SABEL. ¿Ya le dijiste al señor don García
que le abandonas?
ROSI. No encuentro el instante.

SABEL. *(Con severidad.)*
¿Vas a partir sin decirlo?
ROSI. Quisiera
más que decirlo, que él lo adivinase.
Temo que sufra. ¡Me mira de un modo!...
SABEL. Calla, filiña. Parece que salen.
(Don García, en la puerta del pazo, aparece como una sombra.)
GARC. Niña, Rosiña...
ROSI. ¡Señor!
SABEL. Don García...
GARC. Pláceme, Rosa, que estés con tu madre.
No me dijiste, Rosiña, que un mozo
bueno y honrado logró enamorarte.
ROSI. No se lo dije, verdad.
SABEL. ¿Y es pecado?
GARC. Como si fuera pecar lo callaste.
No me dijiste, Rosiña, tampoco,
que cuando el pazo en silencio quedase
—quieto y dormido, soñando el recuerdo
de sus pretéritas glorias feudales—,
de él partirías, sin ruido y sin duelo,
sin la emoción tan sutil y tan suave,
con que del viejo nidal de sus torres
huye la audaz golondrina emigrante.
ROSI. Debo seguir a Ramón...
SABEL. El se marcha.
GARC. Pero, ¿por qué?
SABEL. Ni ellos mismos lo saben.
GARC. Quiere ser rico, ¿verdad?
SABEL. A la cuenta.
GARC. Labra la tierra que díle a su padre,
y él, ambicioso y galán, a tus plantas
quiere poner una tierra más grande.
No, no te irás. De mi pazo, Rosiña,
quiero que salgas el día que cases.
Soy tu padrino de boda. Las tierras,
con el casal donde vive tu amante,
quedan por vuestras, sin renta y sin foro.
ROSI. ¿Quedan por suyas?
GARC. Y a más quiero darle,

para que aumente su hacienda, el molino
de Rivadumia.

SABEL. Que Dios se lo pague.
¿Ves, mi filiña?...

ROSI. No sé qué decirle.

SABEL. ¿Ves cómo nunca te engaña tu madre?

GARC. No, no te irás. ¿No te irás?

ROSI. Y la aldea,
¿qué pensará de unas dádivas tales?

GARC. Que si la historia ancestral de Galicia
quieren borrar con sus mañas rapaces,
gentes que, en días funestos, se alzaron
con el caudal de los nobles de sangre,
queda en Galicia un señor de Castrelo,
fiel guardador del caudal de sus padres,
para con él consolar a los tristes,
dar a los pobres remedio en sus hambres,
y al peregrino refugio y limosna
y recompensa a sus siervos leales.

MÚSICA

(Suena dentro por la izquierda, acercándose, la voz de un grupo de rapazas que, con pandeiros, vienen a la fiada en el pazo.)

CORO *(Dentro.)*
"Veña o pandeiro, ¡a ruar!
q'estas son as mazarocas
qu'hoxe teño de fiar."

ROSI. A la fiada
vienen las mozas.
Voy a sacarles
las mazarocas.

GARC. Tú no te vayas.
Hemos de hablar.

ROSI. *(Aparte.)*
Hablar... ¡Dios mío!
No puedo más.

C. de M. *(Saliendo por el foro izquierda.)*
"O pandeiro toca ben,
as ferreñas fan o son.

¡Vivan os qu'amores ten!"

ALBA. *(Que sale por la izquierda.)*
Señor don García,
aquí está Ramón.

SABEL. *(Abrazando a Rosiña.)*
Rosiña, no sufras.

ROSI. Me agobia el dolor.

(Se presenta Ramón por la izquierda. Salen con él varios mozos, algún viejo, alguna mujer con su hijo en brazos. Esta y algunos de aquéllos traen sendos hatillos de viaje.)

RAM. ¡Aquí está Ramón!
Buenas noches, don García.

GARC. Dios te guarde, buen Ramón.
Todos quiero que me escuchen.

CORO *(Deteniéndose los que iban de paso.)*
Escuchemos al señor.

GARC. Aquí está Rosiña,
la flor de este pazo,
que alegre y dichosa
te entrega su mano.
Por este suceso
también soy dichoso,
y a gusto el padrino
seré de vosotros.

RAM. ¿Qué dice, Rosiña?

SABEL. Que acepta el honor.

CORO *(Aparte.)*
No tiene remedio.
Los casa el señor.

ROSI. *(Aparte.)*
Ya están murmurando.

RAM. *(Aparte.)*
¿Qué dicen de mí?

GARC. Ramón, Ramoncillo;
¡que seas feliz!

RAM. Señor, soy pobre,
y en esta aldea
con mi trabajo
no prosperé.
Por eso quiero

cruzar los mares
y a mi Rosiña
me llevaré.

ROSI. Ya don García
lo sabe todo,
mas no me quiere
dejar partir.

SABEL. Porque él, tan noble
cual generoso,
lo que buscabais
os brinda aquí.

CORO *(Aparte.)*
Está claro como el agua
lo que dicen por ahí.

RAM. ¡No ¡No!
Tome la llave del casal.
(Hace ademán de entregársela, pero don García rehusa y Ramón se la da entonces a Albariño.)
A mí
no se me puede sobornar.

GARC. ¡Pardiez!
¡Qué es lo que dice este rapaz!

ROSI. *(Aparte.)*
¡Señor!
De mis angustias ten piedad.

SABEL. *(A Ramón.)*
No seas fantasmeiro.
Atiende a la razón.

CORO *(Aparte.)*
El mozo está en lo firme
si no quiere protección.

RAM. *(Avanzando hacia Rosiña.)*
Di tú
si nos marchamos, sí o no.

GARC. Di tú
lo que te dicte el corazón.

ROSI. Con él
quiero mi vida compartir.
Se va,
y su camino he de seguir.

RAM. Ya ve el señor del pazo
cuál es su voluntad.
CORO *(Aparte.)*
Por el sonar del río
se conoce su caudal.
SABEL. Rosiña, no marches.
ROSI. ¡Qué tengo que hacer!
RAM. Ya es hora, Rosiña.
Despídete de él.
GARC. Escucha, mujer.
Te vas de mi casa
porque es tu deseo.
Desoyes, Rosiña,
mis buenos consejos.
Te vas de su mano,
desdeñas mi dote
y olvidas, ingrata,
mis buenas acciones.
Pues bien,
Ramón, llévatela.
ROSI. ¡Señor!
SABEL. *(Pidiendo indulgencia.)*
Señor, perdónala.
GARC. *(Reaccionando iracundo.)*
¡Eso no!
Saldrán mis criados
por esos caminos,
e igual que si fueran
raposos malignos,
mis fieros mastines
les azuzarán,
en premio a que pagan
el bien con el mal.
SABEL. ¡Piedad, Señor!
ROSI. ¡Señor, piedad!
RAM. De su poder
abusa sin razón.
CORO ¡Pobre Rosiña!
¡Pobre Ramón!
SABEL. Rosiña, ven...
¡Haced su voluntad!

GARC. Y adiós por siempre,
Rosiña, si te vas.
(Se va hacia el pazo.)

ROSI. Adiós...

RAM. Rosiña...
(Muy destacado.)
¡Quédate!

ROSI. ¿Y tú?

RAM. Me voy.

ROSI. ¡Jamás!

RAM. Me voy, Rosiña.
¡Tú no me olvidarás!
(Sabela coge a Rosiña que, sin voluntad, se deja llevar hacia la puerta del pazo, no sin volver la mirada hacia Ramón, que clava la suya en el suelo. Don García ha entrado en el pazo ya, con Albariño.)

CORO ¡Ay, pobriña la rapaza!
¡Ay, qué pena de Ramón!
Ella esclava de un tirano,
y él sin patria y sin amor.

MOZAS ¡Adiós, hermanos emigrantes!

TODOS. ¡Adiós, mociñas, que quedáis!

MOZAS. No os olvidéis de nuestra aldea,
no os olvidéis de nuestro *chan.*
(Entran en el pazo las rapazas y quedan únicamente en escena Ramón y sus compañeros de viaje.)

EMIGR. ¡Adiós, hermanos de Galicia!

RAM. Terra, terriña, ¡ay, tierra del alma!
Ya me alejo de tu lado
para siempre, tierra mía.
Tierra amorosa, rincón de hidalguía:
cuando esté de ti muy lejos,
¡no me olvides, madre mía!
(Van haciendo lentamente mutis los emigrantes por el foro izquierda. Entre ellos ha ido Ramón.)

EMIGR. ¡Adiós, hermanos de Galicia!
¡Adiós, mociñas que quedáis!

Aquí dejamos nuestras almas
que fué preciso desgarrar.

MOZAS. *(Dentro del pazo.)*
"Si non fora por Benito
por lo qu'anda n'o Turreiro.
Si non fora por Benito
non pun'a man no pandeiro."

EMIGR. ¡Adiós, hermanos de Galicia!

RAM. *(Ya lejos, como los emigrantes.)*
Terra, terriña, casales y prados:
mis amores y mis sueños
aquí dejo sepultados.
¡Tierra animosa, caudal de energía!
No me falten tus alientos,
¡no me olvides, madre mía!

MOZAS. *(Dentro del pazo, como antes.)*
"Este pandeiro que toco
e che do coiro d'xues.
Toca, pandeiriño, toca,
que ben duro o coiro tés."
La, la, la, larala, la, la...
(Del pazo sale Rosiña, que, acercándose al fondo, grita desesperada: "¡Ramón! ¡Ramón!" Y luego va a caer de bruces, llorando, sobre la grada del crucero.)

TELÓN LENTO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Estancia del pazo de Castrelo, de regulares proporciones, con aspecto de comedor íntimo. En el centro del fondo, chimenea monumental, con leña preparada; pero sin arder. A cada lado de la chimenea, un tapiz o una pintura mural de tonos apagados por el tiempo. Debajo de ambas pinturas, sendos sillones fraileros. En primer término de la derecha, una puerta que conduce a departamentos de servicio. En el segundo término, un arcón de nogal tallado. En primer término de la izquierda, otra puerta, por la que se

ntra desde el zaguán del pazo. En el segundo término, un armario, ambién de talla. En el centro de la estancia, una mesa de nogal ', a su izquierda, un sillón. Otro sillón a la derecha, separado de a mesa y un poco retirado hacia el fondo, en el cual aparece sentado Don García, con un libro en la mano, suspendiendo a ratos su ectura para meditar. Sobre el arcón de la derecha, hay un quinqué le bronce con baño cobrizo, de gran tamaño, con pantalla de daiasco rojo. Otro quinqué más pequeño, sobre la mesa. Es de noche y los quinqués aparecen encendidos.

HABLADO

;ALG. *(Entrando por la derecha.)*
Están llamando a la puerta.
¿Quiere el señor don García
recibir a la que llama?
JARC. Si es gente de paz.
;ALG. *(Asintiendo y pasando a la izquierda.)*
Aína.
JARC. ¿Cómo sabes que es mujer?
;ALG. Porque llamaba con prisa.
\LBA. *(En la puerta de la izquierda.)*
Están llamando a la puerta.
¿Quiere el señor don García...?
;ALG. Calla, bobo.
JARC. Si es mujer,
y de paz, entre y que diga
lo que busca.
\LBA. ¿Y si es Sabela...?
JARC. Mujer es, conque espabila.
\LBA. De noite y meiga...
JARC. ¡Albariño!
;ALG. ¡Gache! ¡Fora!
\LBA. *(Santiguándose.)*
¡Agua bendita!
JARC. Que entre Sabela y que nadie
venga aquí, si no le avisan.
(Salen Albariño y Salgueiro por la izquierda. Por la puerta de este mismo lado aparece, a poco, Sabela, que queda un momento quieta, contemplando a don García, que lee sin verla.)

SABEL. ¡Dios me valga! ¡Quién pudiera
detener el sol y el viento
y el caudal de los torrentes
y la péndola del tiempo!

GARC. ¡Quién pudiera desandar
los caminos polvorientos
por las huellas que esculpimos
y sembramos de recuerdos!

SABEL. ¡Qué me place, gran señor,
que se acuerde el pensamiento
de la sierva, con la mente
del altivo caballero!

GARC. No es, Sabela, maravilla
si otras veces se entendieron.

SABEL. ¡Otras veces! ¡Qué distantes!
¡Otras noches! ¡Ay, qué lejos!

GARC. Yo era joven todavía,
tú eras linda como un sueño.

SABEL. Tú... ¡Perdón!

GARC. Así me place
que me nombres. ¡Tú! ¡Sin miedo!

SABEL. Tú venías a mis brazos,
como abeja a los romeros,
y un instante detenías
en mis pétalos el vuelo.

GARC. Tú, dulcísima y humilde
flor silvestre del otero,
me acogías temblorosa
y me amabas en silencio.

SABEL. Resignada con mi suerte,
como triste prisionero
que, por una rendijela,
ve el dosel azul del cielo.

GARC. Hoy, lo mismo que otras noches,
hasta mí llegar te veo.
¿Qué me quieres, Sabeliña,
que viniste con misterio?

SABEL. ¡Otras veces! ¡Qué distantes!
¡Otras noches! ¡Ay, qué lejos!

GARC. Del cariño que te tuve
queda un átomo en mi pecho.

Eres madre de Rosiña
y es Rosiña mi embeleso;
que si Dios, en matrimonio,
me ha negado un heredero,
en Rosiña ha consentido
que se yerga un brote nuevo
del castaño que es emblema
de mi casa de Castrelo.

SABEL. ¡Ay, Rosiña, cómo sufre
por ser noble sin saberlo!
¡Ay qué yugo, más que palma,
en la cuna le pusieron!
¡Y qué cuita, siendo noble,
namorarse de un plebeyo!
¡Y qué triste que en la aldea,
donde ignoran el secreto,
la publiquen barragana
de quien es algo más serio!

GARC. ¿Eso piensan los villanos?

SABEL. Tú no fueras otro tiempo
bebedor de tantas fuentes
y galán de tantos besos,
y en la aldea no pondrían
a Rosiña en tal aprieto.

GARC. ¡Otras veces! ¡Qué distantes!
¡Otras noches! ¡Ay, qué lejos!

MÚSICA

GARC. No queda ya
más que un recuerdo vago
de aquella juventud
y de sus amores;
del tiempo en que los dos
fuimos pecadores.
Ya no volverán
aquellas noches de abril.
De aquellos breves amores
queda sólo el recuerdo.
De aquel fatal pecado
nos hemos redimido.

¡Sabela, Sabela!
Aquello pasó.

SABEL. Rosiña iluminó
con sus ojos claros
la noche sepulcral
de mis locos sueños.

GARC. Mi corazón
se llena de ternura,
del ansia paternal
de volver a amaros
con trémula emoción,
bella, suave y pura.

SABEL. Por el amor
que alocada sentí,
por el que tú
me prometías,
¡por la que fuí!
Has de tener
de Rosiña piedad.
Debes decir
a todos la verdad.

GARC. *(A la vez.)*
Por el amor,
Sabela,
que te consagré,
te obedeceré.
Mi corazón anhela
que olvides mi arrebato,
¡Sabela, Sabela!

SABEL. ¿Lo harás por Rosiña?
¿Lo harás en recuerdo
de haber sido la que fuí?

GARC. Lo haré por Rosiña
y, a más que por ella,
lo haré, sin dudar, por ti.

SABEL. Por el amor
que alocada sentí,
por el que tú
me prometías,
¡por la que fuí!

GARC. Por el amor,

Sabela,
que te ofrecí,
por el que tú
me prometías,
¡por lo que fuí!

LOS DOS. ¡Oh, qué feliz será
con este doble amor
nuestra pobre Rosiña!

SABEL. De aquellos breves amores
queda sólo el recuerdo.
Agora en mi Rosiña
tendrás un amor nuevo.
Sabela, Sabela,
murió para ti.

GARC. *(A la vez.)*
¡Sabela, Sabela!
¡Dios te haga feliz!

(Sabela se arrodilla y besa la mano de don García. Mientras que éste vuelve, maquinalmente, a sentarse en el sillón, ella se desliza hacia la puerta de la derecha, por la que hace mutis, no sin mostrar antes, con un hondo suspiro, su satisfacción. Don García, después de una pausa, se levanta de nuevo y llama a sus criados.)

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

¡Hola, Salgueiro, Albariño!
¡Corred, bigardos! ¡Eulalia!
¡Salgueiro!... ¿Nadie me escucha?

SALG. *(Asomando por la izquierda.)*
¡Señor!

GARC. La yegua alazana
disponed, y el potro bayo.
Que, como centellas, salgan
Albariño y más Anselmo,
y, si entrambos no me alcanzan
a Ramón, que va camino
de Santiago, presto vayan
a buscar un buen abade

que les absuelva sus faltas,
porque he de darles garrote
a los dos. ¡Y a ti!

SALG. *(Medio mutis.)*
¡Caramba!

GARC. ¡Oye! Que Anselmo a Ramón
ceda el potro, si le alcanza,
y vuelva con Albariño
al filo de la alborada.

SALG. ¿Y si no quiere?

GARC. Le dicen
que su Rosiña le aguarda.
¡Y que yo me he muerto!

SALG. ¡Amén!

GARC. ¿Dices amén?

SALG. ¡Dios me valga!
Si entramos en discusiones,
llega a La Cruña y embarca.
(Mutis de Salgueiro por la izquierda. Hay otra pausa durante la cual don García recobra su continente apacible y torna a sentarse en el sillón. Después, aparece Rosiña por la derecha, avanzando lentamente hacia el caballero.)

ROSI. No queda ya
más que un recuerdo vago
de aquella juventud
y de sus amores.
Mas hoy aquel rosal
tiene nuevas flores.
Ya no volverán
aquellas noches de abril.
De aquellos breves amores
brota un nuevo cariño.
Yo, con filial ternura,
te beso, padre mío.
Rosiña, Rosiña,
nació para ti.
(Don García, cuando ella se le ha aproximado, toma entre sus manos la diestra de su hija, en la que deposita un beso. Rosiña, a su vez, besa la frente de don García. Ambos, de pie, que-

dan unidos en un abrazo. Sabela, que ha aparecido en la misma puerta de la derecha, llora dulcemente mientras cae el telón.)

Mutación.

INTERMEDIO

Telón de paisaje galaico en la paz del nocturno. Bajo la clara luna, se diseña, a lo lejos, la silueta de Compostela. Por el camino, van los arrieros y los emigrantes. Sus voces se escuchan lejanas.

"A vida dos arrieiros
eche una vida penada;
de día non oyen misa,
de noite non durmen nada."

(Y luego, suspendiendo el son de los campanillos de los mulos.)

"O cantar do arrieiro
e un cantar moi baisiño;
cántase en Ribadavia,
resoña no Carballino."

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración con que acaba el acto segundo. Está amaneciendo durante las dos primeras escenas. Cuando empiece a sonar la alborada, ya luce el pleno sol.

HABLADO

(Por la izquierda llegan Rosalío y Rula, cogidos de la mano.)

RULA. ¡Naide, Rosalío!
ROSA. ¡Naide!
RULA. ¡Qué sueño tengo, Ruliña!
Como que eran ya las dos
cando, al fin...

ROSA. ¡Y que lo digas!
Al fin logramos dejar
la parranda, tras la esquina,
y a nuestra casa nos fuimos,
que era de razón, y a prisa.

RULA. Prisa la que ti tuviste
pra madrugar...

ROSA. Averigua
si vienen por esa parte.
(Rula avizora mientras Rosalío, detrás del crucero, levanta una piedra de la escalinata y extrae del hueco una carta.)

RULA. ¡Naide!

ROSA. ¿De veras?

RULA. Descoida.

ROSA. Pues aquí está.

RULA. ¿Qué?

ROSA. La carta
de mi padre.

RULA. ¿Y pra esa misa
nos levantamos do leito
apenas apunta el día?

ROSA. Es que me dijo mi padre,
don Camilo, que yo tiña
que leerla así que él marchara.
¡Y es pra los dos! Mira, mira....

RULA. ¿De los dos? Pues de lo mío
no leas tú ni me digas.
(Empieza la lectura, que harán los dos, interrumpiéndose y cambiándose de mano la carta, unas veces, mientras otras se contentarán con mirar el uno, sobre el hombro del otro, para leer su parte.)

ROSA. "Ruliña cristiana...

RULA. ... feliz Rosalío:

ROSA. Me vuelvo a la Habana,
porque esto es un lío.
Si piensas, ¡oh, Rula!...

RULA. ... que estoy tolo o lelo,
detente, recula
y alísate el pelo.

Yo fuime a la Habana
teniendo un filliño...
ROSA. ¡Tu esposo, paisana!
RULA. ¡Ti mesmo, santiño!
ROSA. Mas corren dos años
y avriguo con pena
que Dios o los diaños
me traen una nena.
RULA. —¡Caranio!—me digo.
(La cousa extrañóme.)
—¡Por fuerza un amigo
me la regalome!
ROSA. Bien sé que debía
vengar el suceso,
mas, ¡ay!, ¿dónde había
pra el viaje ni un peso?
Pero a esa lagarta
que tienes por madre...
¡caranio, qué carta
le puso tu padre!
Por cierto, Ruliña...
RULA. ... que aún supo con modo
decir que yo tiña
la culpa de todo.
El día que, al cabo
de grandes apuros,
junté un rico pavo
de miles de duros...
(Se miran los dos, sorprendidos.)
ROSA. ... tal como pensaba,
me vine a la aldea,
pra ver qué pasaba.
¡La cousa está fea!
RULA. Rosiña, en el pazo
feudal de Castrelo...
Y aquel amigazo
mirándola lelo...
ROSA. Y aquellas consejas
de tiempos felices...
RULA. ¡Y aquellas orejas!...
ROSA. ¡Y aquellas narices!...

RULA. ¡Y tal continente!...
ROSA. ¡Y tal señoría!...
RULA. ¡Que son, propiamente,
los de don García!...
ROSA. ¿No os digo, cristianos,
que aquí hay gatuperio?
RULA. ¡Qué trance, paisanos,
pra un hombre tan serio!
Si mato a tu madre,
mi buen Rosalío...
ROSA. ... dirán que tu padre
más bien es un tío;
pero esa justicia,
que es clara y direuta,
la empiezo en Galicia
y acábola en Ceuta.
RULA. Pues nada te digo,
Ruliña parlera,
si al prócer amigo
le amago siquiera.
El Código es suyo
y es suyo el Gobierno...
ROSA. Total: que concluyo
colgado de un cuerno.
RULA. ¡Si yo no soy pillo!...
¡Si soy faladeiro!...
ROSA. ¡Si conto, meo fillo,
que teño diñeiro!...
RULA. Me coge esa bruja,
me da media vuelta,
me abraza, me estruja
y ya no me suelta.
ROSA. ¡Caranio, qué pronto
me olí la tostada!
Si no me hago el tonto,
me quedo sin nada.
Así, lo primeiro
pensé en el castigo...
RULA. ¡Y honor y diñeiro
los vuelvo conmigo!
(Cambian otra mirada gozosa.)

ROSA. Sin otras mercedes,
pra Cuba me voy.
Allí, ya sabedes
vosotros que estoy.
RULA. ¡Con oro y con nombre!
ROSA. ¡Vengado y a solas!
Los DOS ¡Quedó como un hombre,
Camilc Cirolas!"
(Terminada la lectura, se miran de nuevo los dos, y, luego, comentan en voz baja.)
ROSA. ¿Dice con oro, Ruliña?
RULA. ¡Miles de duros, santiño!
ROSA. ¿Y dice que soy su niño?
RULA. ¡Y que el único que tiña!
ROSA. ¡Y en que vayamos se emperra!
RULA. ¡Tener que pasar el charco!...
ROSA. ¿Tú no quieres?
RULA. ¿Cuándo hay barco?
ROSA. ¡¡¡Que no se entere la tierra!!!
(Haciéndose mutuas imposiciones de silencio, se van los dos por la izquierda, a grandes pasos; pero en puntillas para no hacer ruido.)

MÚSICA

(Empieza a sonar la alborada por el fondo. Al son de la gaita, cantan mozas y mozos. Salen luego a escena, precedidos por el gaitero y el tamborilero. Llegan otros grupos por distintos lados, y también salen del pazo Rosiña, Sabela, Eulalia, Salgueiro y algunos criados, terminando el alegre cántico todos juntos en escena. En el grupo del gaitero llegaron también Farruco, Amaro, Guirgorio y un aldeano.)
ALDE. Mariquiña, Mariquiña,
ponte el dengue y el mantelo,
que es la fiesta de Castrelo
y hemos juntos de bailar.
Corre, Mariquiña,
que el gaitero nos espera;

despiértate, que luce el sol
y es fiesta de guardar.

CORO Mariquiña, Mariquiña,
ponte el dengue y el mantelo,
que es la fiesta de Castrelo
y en la fiesta hay que bailar.
Despiértate,
que hay folión
y en tu casal
ya luce el sol.
¡Claro sol!
¡Oh, claro sol!
"Larala, la, la, la..."

ALDE. Canta, canta, paxariño,
que es de día, y el gaiteiro
ya pasó por el cruceiro
de la ermita de San Xuan.
Canta, paxariño;
paxariño, vuela y canta,
y al mismo son
de tu canción,
las niñas cantarán.

CORO Canta, canta, paxariño,
que es de día, y el gaiteiro
ya pasó por el cruceiro
de la ermita de San Xuan.
Te escucharán,
y al dulce son
despertarán
de tu canción.
¡Oh, canción!
¡Oh, dulce son!
"Larala, la, la, la..."

HABLADO

SALG. No os vayades, que el señor
don García de Castrelo,
con su ofrenda, quiere al cielo
pedir un grande favor.

(Sale don García del pazo y dice a los que cierran el fondo.)

GARC. Buenos días. ¡Abrid paso!
¿Viene Albariño?

ALBA. *(Apareciendo por el foro izquierda con Ramón.)*
Aquí estoy.

GARC. Llegad, pues, que a decir voy
lo que viene muy al caso.

FARRU. ¿Ramón aquí?

RAM. *(Sorprendido.)*
¡Don García!
¿No murióse?

ALBA. *(A don García.)*
Pra que vea
que otro no le hay en la aldea
sirviendo a su señoría.

GARC. Llega, Ramón, en buen hora,
que soy amigo de ley,
y abrázame ante esta grey
de gente murmuradora.
(Ramón, receloso, se deja abrazar.)
Sé que, con villana lengua,
me hacéis de Rosiña amigo
con un matiz que no digo,
porque de su honor va en mengua.
Desde hoy en más, ya no ladre
tal sinrazón la jauría.
¿No ha de ser amiga mía,
siendo, como soy, su padre?
Como padre te la entrego,
Ramón, y serás su esposo,
aunque te fuiste celoso
porque estabas harto ciego.
Mas no es poco que tu amor
la diste, en medio del ruido
con que estabas aturdido,
por tanto murmurador.
Amala, y que ella te quiera
como yo os querré a los dos,
y, ante todos, juro a Dios
que la he de hacer mi heredera.

Tú proseguirás la historia
del pazo, siendo su guarda:
que también sangre bastarda
gusta el sabor de la gloria.
Y vosotros, azacanes
del honor de los demás,
cuidaos del vuestro más,
si tienen honor los canes.

RAM. *(Confuso, en medio de su alegría.)*
¡Señor!... ¡Sabela!... ¡Rosiña!

SALG. ¡Santa Bárbara!

ROSI. *(Abrazada a él.)*
¡Ramón!
(A Sabela.)
Me diste esta bendición
tú, miña nai, meiga miña.

SABEL. Dios grande fué quien lo hizo.
¡Y este noble caballero!
Ya viste, meu lucero,
que no tenías feitizo.

GARC. ¡Adelante la alborada!

FARRU. ¿Tú te lo creiste?

GUIRG. ¡Truco!

AMARO. ¿Nos lo creemos, Farruco?

FARRU. ¡Creerlo no cuesta nada!
(Vuelve a sonar la gaita y se ponen todos en movimiento para irse hacia la izquierda, mientras cae el

TELON



Imp. Sáez Hermanos. Norte, 21
Teléfono 16244. — Madrid.